

REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Tomo XXIX

San José, Costa Rica **1934** Sábado 29 de Diciembre

Núm. 24

Año XVI. No. 712

SUMARIO

El Hijo del Hombre	Kahlil Gibrán	Resurrección	José Santos Chocano
De un balance desastroso	Juan del Camino	"Oro de Indias"	E. Rodríguez Mendoza
Retablo de Navidad	Max Jiménez	Chocano	Alejandro Alvarado Quirós
Acerca de "La tierra de las Nahuyacas"	Rómulo Tovar	Elegía hogareña	José Santos Chocano
El beso	Salarrué	A José Santos Chocano	Luis R. Flores
Página lírica	Gris		

El Hijo del Hombre

Por KAHLIL GIBRAN

= Fragmentos de una correspondencia mantenida entre el autor y un su amigo entre 1924 y 1931.—De *Pictorial Review*, New York, N. Y.—Traducción de Enrique Macaya Lahmann =



Retrato famoso del Cristo por el finado Kahlil Gibrán, sumo autor sirio y artista. Dibujado en 1928, el autor lo consideró su obra maestra. El gran místico Gibrán dice: "Este es Su retrato. Lo he visto tres veces".

Anoche ví de nuevo su rostro, esta vez con tal claridad, como nunca le había visto antes. No me miraba de frente, miraba hacia afuera, hacia la inmensidad de la noche. Estaba de perfil. Era el suyo, a la vez, un perfil sereno y fuerte; creí, por un instante, que iba a sonreír, pero no sonrió. Resplandecía de juventud, una juventud inmortal, que no sugería edad alguna; no era Dios, no; era el Hijo del Hombre, complacido en afrontar todo lo que el hombre debe afrontar y conociéndolo todo, todo: lo que el hombre sabe y lo que llegará a saber. Su rostro ostentaba una serenidad invencible: la del Amante, la del Hermano, la del Amigo.

Su cabellera caía hacia atrás, como dos alas luminosas replegadas sobre ambos lados de su cabeza. Su pecho era moreno y fuerte. Sus ojos simulaban dos chispas opacas. No es sino hasta ahora, mi querido amigo, que me siento poseído de la inspiración segura y cierta que me permitirá dibujar su rostro tal cual le ví anoche. Se parecerá a uno de esos bustos que orientan hacia el infinito, la proa de las grandes naves antiguas.

Caminaba como un hombre que desafía, sereno y confiado, el recio furor del viento, pero que a la vez, se sintiera más fuerte que el viento mismo. Vestía su acostumbrado vestir, su tosca y humilde saya de algodón y sus pies iban descalzos, cubiertos por el polvo de los desiertos caminos. También observé sus robustas muñecas y sus manos finas, firmes y largas, cual pulidas ramas de árbol. Su cabeza iba en alto y en su semblante llevaba impresas todas sus infinitas inquietudes y su inspiración secreta... No podría trazar o escribir en este mismo instante, una sola línea capaz de rememorar con exactitud, esa visión divina. Pero mañana, después de mi retorno, estoy seguro que podré dibujar su rostro.

Son las dos de la mañana y aun permanezco en silencio, escuchando el cadencioso ruido de la lluvia que golpea rítmicamente sobre mi ventana. Una íntima tristeza invade mi ser, pero es la mía, una tristeza que embalsama el alma y que prefiero a la más estridente de las alegrías. En la quietud de la noche, cuando los sueños andan en busca de los soñadores, me complace la soledad;

no obstante, gusto de invitar, a veces, a mis viejos amigos de la eternidad, para que vengan a sentarse a mi lado, a compartir mi soledad, y no en pocas ocasiones, he sido yo mismo, quien ha ido en busca de su compañía.

Cuando llueve, pareceme que luminosos espíritus invaden mi cuarto, en busca de abrigo.

Recuerdo—o más bien creo recordar—que cuando Jesús estuvo aquí, nos miraba a nosotros y también al mundo que nos rodea, con una mirada serena, llena de amorosa inquietud, sin que lograra enturbiar sus ojos, la rutinaria realidad terrenal de los sentidos; y a pesar de conocer las profundidades más íntimas de la belleza, su apacibilidad y su dignidad, le causaban una eterna sorpresa.

He estado pensando todo el día en la Abuela de Jesús y en lo orgullosa que se sentía de El. Nació Jesús—y esto lo saben muchos—no en un establo, como

es leyenda, mas en una modesta casa de Nazareth, y Ana, la Abuela santa, fué la primera en tomarle en sus brazos, apretándole en contra de su robusto pecho.

¿No la imagináis vosotros, conduciéndole con amor y con alegría, al caer de la tarde, hacia la azotea de su casa para mostrar a las estrellas vespertinas, la radiante belleza del Dios infante? Y mientras Jesús crecía, ¿no la imagináis también reprendiéndole dulcemente con una maternal sonrisa cuajada en sus labios? Porque a pesar de ser Jesús un niño cual tantos otros, no por eso obedecía siempre al criterio tantas veces equivocado de las mujeres.

Ya os he contado cómo, siendo aun un niño, solíamos ir a la iglesia, la Noche de Navidad, todos los moradores de la aldea, caminando a través de la nieve silenciosa y espesa, cada uno llevando una linterna encendida; luego, al sonar media noche, viejos y niños cantaban un añejo canto de Galilea, mientras el techo de la pequeña iglesita, parecía abrirse ante la magnitud del cielo infinito. En esa misma iglesita existe hoy día, un pupitre de oración, hecho de cedro y que fué labrado por mi primo N'oula, el mismo N'oula que vive ahora en Boston, padre del pequeño Kahlil. ¿Cuánto me gustaría volver a ver, una vez más, ese pequeño pupitre, para escuchar su antigua plegaria silenciosa!

Durante mi infancia, mi madre me hablaba de El y me decía: "Fué el más grande de todos los grandes poetas, y, sin embargo, nunca escribió una sola línea, salvo aquella que grabó un día, sobre la arena". Y yo, en mi perpleja ignorancia, preguntéle: "Pero madre, ¿cómo pudo ser un gran poeta sin haber escrito nunca nada?" Entonces ella, con una dulce sonrisa en los labios, me contestó: "Eso, ¿quién lo sabe, hijo mío? Quizá la humanidad entera y hasta tal vez nosotros mismos, todos seamos los versos que él nunca llegó a escribir".

¿Me preguntáis cuáles son los "siete trabajos" que deseo realizar antes de morir? He aquí uno de ellos: quisiera edificar una ciudad al borde de una bahía y en una isla erguida frente a ella, levantar una estatua; pero no será una estatua en honor de la Libertad, mas de la Belleza. Porque en nombre de la Libertad, la humanidad entera lucha, y

luchará siempre, ¡sus más sangrientas batallas. En cambio, la Belleza, tiene la suprema virtud de unir toda la Humanidad en íntima unción espiritual, formando así, la más grande y bella de todas las fraternidades.

No olvidemos nunca que un país bien gobernado, es aquel que no necesita de gobierno alguno.

El verdadero sentido de la vida, está en el campo, en los viñedos, en el doméstico telar... La iglesia está dentro de ti. Tú mismo eres su sacerdote.

Muy a menudo, amigo mío, yo no soy ni un poeta, ni un artista. Soy nada. Quiero ser nada. Las horas en que me siento amante, amigo y hermano, son las horas más certeras y fecundas de mi vida; y solamente eso.

Cuando duermo al aire libre, bajo las estrellas, uno de mis amigos dirá: "¿A qué distancia estará el Profeta?" Entonces, si estoy profundamente dormido, diré: "Muy alto, muy alto". Pero si no estoy profundamente dormido, diré esto otro: "Oh, no tan lejos, no tan lejos". Y no faltará quién también diga: "¿A qué distancia?", contesta, tú, hombre enloquecido". Y yo guardaré silencio, porque me siento "tan lejos, tan lejos" de El.

Si tú y yo pudiésemos hablar únicamente y durante cinco minutos, sobre la "eterna verdad", todos nuestros amigos nos abandonarían; si lo hiciéramos por diez minutos, nos desterrarían de la tierra; y si en lugar de diez, fueran quince, nos ahorcarían.

Uno de mis compañeros más queridos, murió ayer tarde. Fuí a su casa, y en ella encontré a algunos de sus amigos. Creyeron que iba a compartir con ellos su dolor y su pena. ¿Qué hubieran pensado, si les hubiese dicho que venía a felicitarle por haber adquirido la libertad eterna!

Me reservo el derecho de ver en la eternidad, el libro que hoy escribimos. ¿Que no quisiera tener que avergonzarme, en vida, de mi trabajo!

Dadme vuestra belleza ahora que estamos sobre la tierra, porque no estaremos en ella por muy largo tiempo.

¿Y qué os diré de mi corazón? ¿Cómo podría un ser tan pequeño hablar de otro más grande! Algunas veces me parece que mi corazón es un pajarillo metido en una jaula demasiado pequeña para la amplitud de sus alas. Otras, pareceme una nubecilla que flota allá lejos, por muy distantes lugares, y que muy a menudo, muy a menudo, sangra en silencio por razones que mi razón no acierta a comprender. Sin embargo, sé que en lo más hondo de mi ser, existe algo que nada en este mundo logra perturbar. Ese "algo" es mi fé profunda en el Espíritu que aletea dentro de todas las cosas.

Aquí sí podré trabajar. Mi corazón ansía un lugar de reposo en donde pueda meditar sin sentir el peso de tanta estupidez. (Que Dios me perdone). La Soledad me llama, y su voz es terriblemente dulce y halagüeña.

¿Estáis herido y sangrando? ¿Qué importa! Recordad que la herida se pu-

Cansancio mental
Neurastenia
Surmenage
Fatiga general

son las dolencias que se curan rápidamente con

KINOCOLA

el medicamento del cual dice el distinguido Doctor Peña Murrieta, que

"presta grandes servicios a tratamientos dirigidos severa y científicamente"

rifica con la misma sangre que brota de ella.

Los cuatro seres humanos más bellos que el mundo ha conocido, son Sócrates, Jesús, Juana de Arco y Lincoln, todos cuatro muertos por mano de hombre. Y tras de sus muertes, hubo siempre alegría en el cielo.

Llevo siempre en mi mente una imagen que quiere revelarse, pero que no se revela nunca. Es la imagen de un Rostro.

No os preocupéis de los visitantes molestos e inoportunos. Dad al intruso un "cordel" de paciencia y de silencio y

EN BUENOS AIRES, Rep. Argentina, pue- de Ud. solicitar el *Repertorio Americano*, a la EDITORIAL PAN AMERICANA. (Bolívar, 375).

algún día sabrás que se ha ahorcado él mismo.

¡Quisiera que los hombres tejieran una corona para mis sienes, cuando ya mi cabeza esté tan alto, tan alto, que no pudieran alcanzarla para colocarla sobre ella!

Soñé una vez que mi abuela me decía: "Hijo, he dejado a mis otros nietos toda mi fortuna, para que así no te odien nunca"

Todo lo que necesito ahora, es un pedazo de papel en blanco y un poco de tinta. Eso me basta por el momento. Quizá mañana—¿quién lo sabe?—necesitaré toda una página entera.

Tenéis algunos problemas que resolver, ¿no es cierto? No os inquietéis. Los problemas son tan sólo poemas que aun no han sido escritos.

¿No os parece extraño, amigo mío, que haya en el mundo gentes que sufren hambre, cuando sobran en él, los alimentos? ¿Y más extraño aun que las haya desnudas y sin hogares, cuando abundan por todas partes, los trajes nuevos y las casas vacías?

¿Qué extraña es la belleza del desierto! Si escucháis música en la noche, probablemente me preguntaréis: "Kahlil, estáis tocando la flauta". Y entonces os contestaré: "No, es alguien que está muy lejos de aquí, a unas quince o a unas diez y siete millas en la lontananza". ¡La noche está tan clara y las estrellas tan cerca de nosotros!

Es ahora media noche, amigo mío... Pasa un segundo más y un año ha muerto. Pero otro año ha nacido también. Y entre el morir de un año y el nacer de otro, se forma, en el mundo de lo infinito, una canción silenciosa y profunda, que dura un solo instante. No nos lamentemos de que el pasado haya pasado. Gocemos las alegrías del recuerdo y de la esperanza, porque lo que será, tiene fatalmente que ser.

Lector amigo: ¡Hágase de estos libros de Kahlil Gilran: *El Loco* y de *El Profeta*. El primero a ₡ 1.25 y el segundo a ₡ 3.50. Con el Administrador del *Rep. Americano*

JOHN M. KEITH & Co., Inc.
SAN JOSE, COSTA RICA

Agentes y Representantes de Casas Extranjeras

Cajas Registradoras NATIONAL (The National Cash Register Co.)

Máquinas de Contabilidad BURROUGHS (Burroughs Adding Machine Co.)

Máquinas de Escribir ROYAL (Royal Typewriter Co., Inc.)

Muebles de Acero y Equipo para Oficinas (Globe Wernicke Co.)

Implementos de Goma (United States Rubber Co.)

Maquinaria en General (James M. Montley, New York)

JOHN M. KEITH,
Socio Gerente.

RAMON RAMIREZ A.,
Socio Gerente.

Estampas

De un balance desastroso Meditación melancólica de fines de año

Por JUAN DEL CAMINO

= Colaboración.—Costa Rica y diciembre del 34 =

Muy mal le cierra este año al país el balance de cuentas en dos de sus asuntos públicos de mayor importancia. La United Fruit C^o ha clavado un garfio para muchos años precisamente en la región del Pacífico que empezaba a ser el respiradero libre de la nación por el tráfico mundial encauzado hacia allí. Con el pretexto de dar a los dueños de tierras, mejor dicho, con la urgencia de complacer a los latifundistas de esa región que azuzados por la United Fruit C^o así lo pidieron, se extendieron los poderes dominadores de la empresa yanqui al Pacífico. Y ya se mueve el pulpo en campo propio. Encuentra dos obras que necesita para cerrar su esclavitud. Son dos obras nacionales, controladas por el Estado y para servicio de una libertad que sin ellas será muy pronto cosa mustia y desaparecida. El ferrocarril y el muelle tienen en la United Fruit C^o un amo que acecha en espera del pretexto para caer y volverlas posesión definitiva de una explotación que nos hará desvalidos. Ya tiende líneas y construye muelles. Ya proyecta construcciones y fija sitios para estacionarse con su organización funesta a lo largo del ferrocarril. Pronto la línea será el camino que atraviesa estaciones, casas, comisariatos y ramales de la United Fruit C^o. El banano será el pretexto para sitiar el ferrocarril y el muelle. Como debe la United Fruit C^o comprar la fruta a quienes la produzcan y recibirla en los sitios que ella indique, para ese trabajo necesita la edificación suya, la que pueda aislar y llenar de teléfonos y telégrafos manejados por ella, la que pueda marcar con las letras fatales de U. F. C^o y luego necesita situar a un lado y otro de la línea a sus hombres, a los hombres que la ayudan en la tarea de profundizar el garfio, a sus hombres yanquis. Con ellos da la batalla que reducirá a su dominio a las dos empresas nacionales que han hecho libre la región del Pacífico.

Y cuando tenga esparcida su red de esclavitud vendrá el pretexto que necesita para hacer que los criollos descastados pidan para ella la administración del ferrocarril y la entrega del muelle. El ferrocarril empezará a dar malos resultados, a no producir, a ser deficiente en el transporte de la fruta, a ser carga para el fisco. Y entonces vendrá la proposición de la United Fruit C^o para arrendarlo, para hacerlo producir y mejorarlo. El muelle empezará a deteriorarse, a exigir grandes partidas en el presupuesto. Se dirá que es cosa que el Estado no puede mantener como se debe. Muchas ocurrencias malignas salen de la boca de los que buscan mal a un país. Y se dará la ley que pase a la United

Fruit C^o obras que nacieron para decoro y libertad del país.

No vaticina nadie que, con la imagen de lo que es la región del Atlántico, proyecte un futuro igual para la del Pacífico. Con pocos años que transcurran veremos lo que será el Pacífico de Costa Rica después de los contratos que acaban de entregárselo miserablemente.

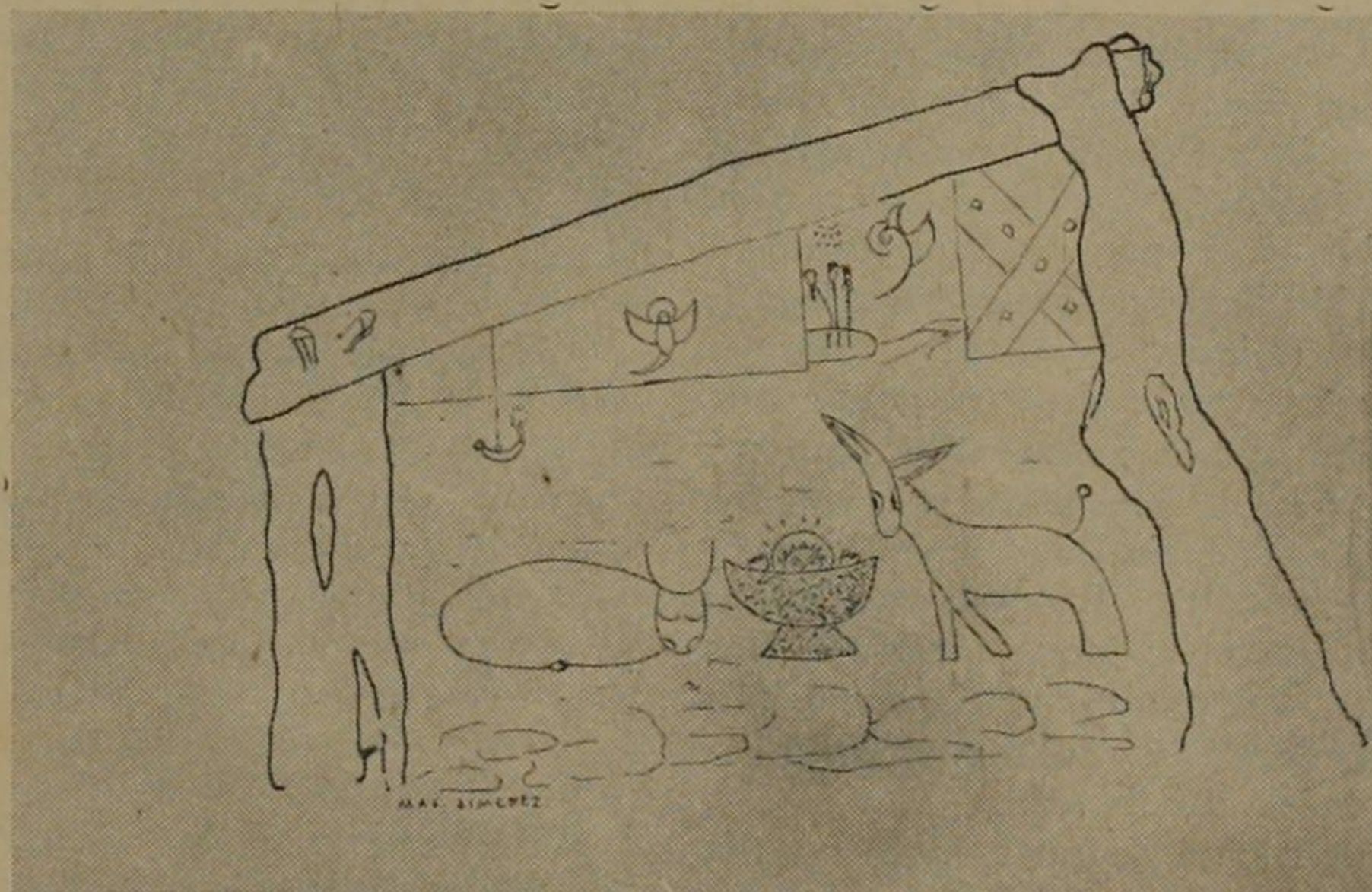
También la electricidad cogió el atajo desgraciado para dar al traste con las leyes previsoras que la nacionalizaron como único medio de salvarla de la voracidad de la Electric Bond and Share C^o

Le parece al que está atento al curso de estos negocios nacionales que es mucho lo que por salvarlos de las organizaciones monopolizadoras se hace entre nosotros. Pero es pura ilusión. En realidad nada se hace aquí certeramente. Movemos en cierto momento vocerío y gesticulamos. Cosa pasajera. En la hora decisiva nos apoltronamos y como escudo de nuestra complicidad con el medio cobarde, protestamos cansancio, decimos que la lucha no vale la pena. Y de esa manera viene la ley y viene el contrato que traspasa a la empresa fenicia y esclavizadora la riqueza que quisimos defender.

¿Quién pensó, cuando se daban las leyes de nacionalización de la electricidad y sus medios de producción, que la Electric Bond and Share C^o haría de ellas en pocos años papel higiénico? ¿No había entonces opinión levantada en favor de esas leyes? ¿No había grupos de hombres amparándolas? ¿No había la aspi-

Retablo de Navidad

= Colaboración.—Costa Rica y diciembre del 34 =



*Hubo un revoloteo de estrellitas,
una quería ser el guía.*

*Era una noche de ropa interior
translúcida,*

*las palmas se hacían señas
y conversaban.*

*Un oasis se alarmó
de la algabaría de estrellas.*

Una duna se creyó de oro.

*Los pastores vieron
un ángel volando*

*Al Santo Carpintero
ya le había florecido la varita
de San José.*

*Dos Magos
y un gajo de la noche
tomaron asiento
en los blandos montes
de los camellos.
La vista fija
en la estrellita.*

*Un buey suspendió la rumia,
la mula el pienso.*

*La fuerza de la naturaleza
dió un grito de pesebre.*

Cuidaba:

el Gran Partero del Universo.

*Los Reyes Magos
sin magia
escanciaron el pesebre de joyas.*

*Jesús era pobre
y siguió pobre.*

*Y llegó a la carpintería
de su padre
sin las perlas mágicas
y sin los corderos
de los pastores.*

*Las estrellitas
se habían sosegado.
La luna prudentemente
colgaba del otro lado de la tierra.
La noche se ponía
ropa interior blanca.*

Max Jiménez.

ración de llevar a la Junta del Servicio Nacional de Electricidad servidores inteligentes e invulnerables? Todo eso había en los momentos en que la Electric Bond and Share C^o dejó caer su maquinaria brutal y quiso aplastarnos. Nadie suponía que la electricidad dejaría nunca de ser lo que la legislación que la nacionalizaba quería que fuera siempre. Juzgamos que la Electric Bond and Share C^o acabaría por alzar su maquinaria y dejarnos sin esclavitud. El Servicio Nacional de Electricidad oponía la más alta visión a las maniobras de la Electric Bond and Share C^o y la empresa yanqui vaciló y se contuvo.

Sin embargo, aquello fué flor de un día. Se apagaron las aspiraciones de defensa de la electricidad nacionalizada y las voces más resueltas quedaron sepultadas bajo siete lozas. Esto ha hecho posible la circulación de un folleto amarillo que contiene las tarifas que dictó la Electric Bond and Share C^o como medio feliz de arreglar sus diferencias con el Servicio Nacional de Electricidad. El folleto ha circulado por todas partes y es sepulcral el silencio. Desaliento, pereza, escepticismo, complicidad, algo hay en nuestra gente.

Porque ese folleto es nada menos que el pacto en favor de la Electric Bond and Share C^o. Con el llamado arreglo eléctrico queda la Compañía dueña de la electricidad y por consiguiente con una situación ilegal perfectamente legalizada. Ya dijimos algo acerca de ese arreglo y es mucho lo que queda por decir. Sólo que la cadena está bien remachada y no la romperán ya artículos aislados. La Electric Bond and Share C^o sabe cómo penetrar certeramente cuando el momento es de penetrar. Los guardianes le franquearon el paso y ella pasó vencedora. El folleto amarillo es el resumen de su triunfo.

Esta imposición de un arreglo que da a la Electric Bond and Share C^o lo que las leyes de nacionalización de la electricidad prohíben darle, sólo tiene explicación en la dejadez del Servicio Nacional de Electricidad. La exposición que precedió al arreglo y que no sabemos por qué han eliminado del folleto amarillo, es la revelación cabal del espíritu de hostilidad hacia la discusión pública de la cuestión eléctrica que anima a la Junta del Servicio Nacional de Electricidad. La exposición está redactada con simpleza que pasma. Quien la redactó es persona que ha intervenido en discusiones y las ha seguido muy de cerca. Siente aversión honda por esas discusiones. Sólo consiguieron complicar el problema eléctrico, porque quienes las entablaron fueron personas sin conocimiento del asunto. En cambio ahora sí hay conocimiento y el resultado es el arreglo contenido en el folleto amarillo.

Nosotros hemos sido de los que han querido la discusión en este inmenso problema de la electricidad monopolizada por la Electric Bond and Share C^o y hasta hemos participado en discusiones. Estados convencidos de que lo ur-

gente es salirle al paso a toda empresa que como la Electric Bond and Share C^o está organizada para el pillaje y la esclavitud de los pueblos. Y aseguramos que lo que ha faltado ahora para que la impunidad del grupo no se hubiera impuesto es discusión. Por falta de discusión ha sido posible la circulación de un folleto amarillo que contiene la entrega definitiva de la electricidad a la Electric Bond and Share C^o.

Una opinión vigilante, una opinión que hubiera estado encima de la Junta del Servicio Nacional de Electricidad, aconsejándola y acusándola, habría contenido la circulación del folleto amarillo. Pero se desvaneció la opinión que necesitaba el país para la defensa de su electricidad y el resultado es el arreglo que nos pone atados por los siglos de los siglos ante la Electric Bond and Share C^o.

El balance, pues, es desastroso para el país en cuanto a sus relaciones con la United Fruit C^o y la Electric Bond and Share C^o, se refiere. A muchos amargarán lo ocurrido y se volverán más apocados y más cobardes. Pero no es esa la conducta recomendable. Si no hay virilidad, lo que espera a los países es la colonia. La imposición de dos poderes grandes como la United Fruit C^o y la Electric Bond and Share C^o tiene su explicación si nos damos cuenta de que son empresas que sirven designios impe-

rialistas terribles. Por encima de ellas está la fuerza grande de un imperio que quiere afianzarse. Estos pueblos son para el imperialismo parte de su lucha feroz. Las empresas que nos toca ver desatadas sobre nuestras riquezas y recursos son empresas lanzadas a la conquista por el imperialismo. Los hombres que la sirven por acá en congresos y juntas son instrumentos sumisos de un sistema. Si con este concepto elemental juzgamos el suceso de la entrega de la región del Pacífico a la United Fruit C^o y la electricidad a la Electric Bond and Share, las conclusiones serán de que la lucha no puede darse por terminada y que es sumamente desigual. También deduciremos que objeto principalísimo de esa lucha es el imperialismo. Empresas de la magnitud voraz de las dos que señalamos y que podemos convertir en trinidad agregando la Pan American Airways Inc., penetran y nos vencen porque están amparadas por el imperialismo de una nación poderosa.

Pero, como el propósito es batallar incesantemente contra todos los medios de opresión y de barbarie, lo sombrío de este balance de fines de año no debe acobardarnos. Sigamos acusando, llenémonos de altivez y no demos tregua a estas empresas malditas al servicio del imperialismo.

Acerca de "La tierra de las Nahuyacas"

Por ROMULO TOVAR

= Colaboración.—Costa Rica y diciembre de 1934 =

Carlos Wyld Ospina: *La tierra de las Nahuyacas* Cuentos. 1933. Guatemala, C. A.

Sebastián Ax es el indio, puro indio, que se inicia en la cultura extraña que lo han obligado a vivir. Pero lo hace, no en lo profundo que puede tener esa cultura, sino en lo material, en las formas externas. Sebastián Ax comienza por ser propietario. El sentido de propiedad es lo que le ofrece esa extraña cultura para que él se redima. Mientras no sea propietario, con viva conciencia de lo que esto es y de lo que trasciende de ello, se queda indio puro irredimible. Y sin embargo, la tierra de que debe ser dueño es la antigua tierra de su raza, la que estaba vinculada a él, no por una ley egoísta sino por necesidad y hasta por afectuosidad. Era su tierra, como decir, su propia naturaleza, casi su yo

verdadero. Es decir, él mismo. Pero entonces era toda la tierra, la que se veía desde los altos caminos, aquella sobre la cual derramaba el sol su luz. Alguna vez tendría que disputarla a sus enemigos, pero sus enemigos eran gente de su misma raza: había un raro derecho hasta en sus enemigos para querer también la tierra que él amaba. Ahora le habían enseñado a ver en la tierra una cosa extraña a sí mismo. El y la tierra. Este era su conflicto. Le habían convecido de que la tierra no era suya sino ajena y había aprendido a quererla para sí, no toda ella, la que se ve desde las altas montañas, sino el pedacito en donde él podía hacer su casa y sembrar su milpa. Este concepto es como el principio de la iniciación en la cultura que le habían forzado a comprender. Es muy difícil que Sebastián Ax comprenda todo lo demás. Toda la teoría del Estado en que el hombre es un ciudadano con derechos definidos y limitados. Para esto deben transcurrir otros siglos de penetración en un mundo de ideas a las cuales él no está habituado y de las cuales nada ha oído. Como si se tratara de religiones nuevas, de dioses desconocidos, extranjeros en su alma. Será así como su oscura mente elemental concibe la re-

J. ALBERTAZZI AVENDANO

ABOGADO

SAN JOSE, COSTA RICA

OFICINA: 75 vs. Oeste Botica Francesa

TELEFONOS:

OFICINA No. 3726 — HABITACION No. 3133

ligión nueva que ha desterrado a sus divinidades antiguas? Tal vez. Por eso, en el fondo de las cosas, el indio sigue instintivamente fiel a su propio culto. Su ineptitud para razonar las nuevas ideas salva la pureza de su alma, la cual sigue apegada a la devoción de sus dioses protectores. Aunque ha perdido el derecho a la tierra, la cual dominan otros y cultivan otros, le queda la Naturaleza, o mejor dicho, el sentido de la naturaleza. Interpreta el sentido de su vida de acuerdo con las doctrinas de su vieja sabiduría. Y su biblia, esencialmente, es el libro de los dioses y de los héroes.

Si Sebastián Ax tiene que ir de caza, "Sebastián Ax era cazador como todo varón kecchi", así que ha preparado sus armas, su escopeta, su machete y su cerbatana, va y las pone en el altar, enciende luego las velas de arrayán, toma el incensario de barro cocido, sahuma el icono y las armas y repite las oraciones rituales, en su sonora lengua. Y finalmente de rodillas, pide al Espíritu Guardián y Señor del Cerro escogido para la caza, que depare a sus armas buenos animales, y lo libre a él de accidentes y de malos influjos mágicos. La montaña indígena como la montaña japonesa está habitada por genios, maléficos que embrujan a los hombres insensatos. Esa noche, Sebastián Ax es casto. La caza es un rito sagrado en sus tradiciones ancestrales; es parte fundamental de la religión de sus padres, es una forma de ponerse en "comunidad con los espíritus de noble naturaleza".

Si Sebastián Ax debe sembrar, y ahora ya tiene tierra en qué hacerlo, lo hará en abril. "Ya en abril, por las tardes, que son de una dulzura seca, casi paladeable en el aire, arden rojos fuegos en el campo de Sebastián Ax". El fuego preside a la siembra. El fuego es un buen auxiliar, pero ante todo es una divinidad. Debe ser divinidad purificadora y creadora. Su llama cálida espantará a los espíritus de la montaña adversos al hombre trabajador, y su beso ardiente llenará de pasión a la tierra. Por eso, la siembra es también parte del ritual religioso. "Sebastián Ax ha ayudado. Es la semana de la siembra y él se evita de tomar café y de probar vegetales, cuyo influjo podría el kelebal. Tampoco se ha acercado a la mujer. Mantiene su pensamiento casto, mecido no se sabe por qué éxtasis abscondido. De la simiente preparada, llevó unas mazorcas lucientes y rollizas, ante el ícono familiar; y las veló, y las zahunó con el incensario de barro, en que ardía el pom. Todas las noches alumbraron las velas de arrayán sobre el altar, en donde se marchitaban las flores del patio de Sebastián Ax". El ritual continúa. Ya están en el campo. "Al salir el sol sobre la línea de los montes, cegador como los dioses de la luz para los mortales, Sebastián Ax fué, con los brazos abiertos, hacia el campo de la siembra, temblando de angustia y estupor, y se arrojó de bruces, mascullando la sagrada salutación. En su corazón bate un nombre, el nombre que es una llama:

—El Espíritu. El Espíritu.

Quiere Ud. buena Cerveza?...

Tome "Selecta"

No hay nada más agradable ni más delicioso.

Es un producto "Traube"

Sebastián Ax recita la oración ritual en su misteriosa y sagrada lengua: Chacuy in mac, at in yuguá". "Perdonadme, oh Dios, voy a sembrar. Me viene del corazón sembrar mi pequeña milpa. No es detrás de mi alma que la siembro: que salga ella así como la siembra, voluntariamente. Ahora quemaré mi ofrenda a tus pies. En nada más pienso; sólo pienso en mi milpita. Haz tu milagro, oh mi padre! Alegrará mi corazón que salga mi milpita: que así como para sembrarla nos juntamos, nos juntemos también los sembradores para recoger la cosecha".

Sebastián Ax revive, desde las profundidades de su alma primitiva el conjuro del libro sagrado. Así dice el Popol-Vuh: "Haced vuestros encantamientos por vuestro maíz, por vuestro tzité. Se hará, acontecerá que esculpamos en madera su boca, su rostro? Así fué dicho a los de la suerte (los adivinos). Entonces se efectuó el lanzamiento de los granos, la predicción del encantamiento por el maíz, el tzité. "Suerte, fórmate". Dijeron entonces una abuela, un abuelo. Ahora bien, este abuelo era el de Tzité, llamado antiguo secreto; esta abuela era la de la Suerte. La de su Formación, llamada Antigua Ocultadora con Gigante abertura. Cuando se decidió la Suerte, se habló así: "Tiempo es de concertarse. Hablar; que oigamos y que hablemos, digamos si es preciso, que la madera sea labrada, sea esculpida por los de la Construcción. Los de la Formación, si ella será el sostén, el nutridor, cuando se haga la culminación, el alma". "Oh, maíz, oh, tzité, oh, suerte, oh, su formación. "Venir a picar aquí, oh, Espíritu del Cielo. No hagáis bajar la boca, la faz de los Dominadores, de los Poderosos del Cielo," dijeron. Entonces dijeron la cosa recta: "Que así sea, así vuestros maniqués, (los muñecos) contruídos de madera: los hombres. "Que así sea", se respondió a sus palabras. Al instante fueron hechos los maniqués, (los muñecos) contruídos de madera; los hombres se produjeron, los hombres hablaron: existió la humanidad en la superficie de la tierra".

Pero Sebastián Ax, no sólo conoce la sabiduría cósmica de la tierra y de sus productos, sino que también su alma se estremece bajo el poder de los augurios nefastos. Su alma vive la trágica dualidad de la noche y del alba. El pich, pájaro carpintero, lanzó su chi-

llido cerca de la cabaña de Sebastián. También pasó una serpiente delante de él. Había el sembrador humilde y devoto disgustado a los dioses germinadores? Su corazón había dejado entrar la enfermedad. Hubo que hacer los conjuros mágicos. Se le llevó al campo y el brujo tendió las manos hacia la llanura y recitó un mantran que él no pudo entender". De los montes funerarios surgieron espectros de cuerpo longano, sin pies ni brazos, pero con cabezas de hombre. Aquellas figuras absurdas se movían como humo al viento suave de la tarde... Eran innumerables y cubrían, más allá de la mirada, la llanura de cenizas. Mezclábanse entre ellas como las nubes y las sombras y luego reaparecían sin haber perdido sus lineamientos de humanos fantasmas. Vivían sin vivir, eran sin ser; y Sebastián Ax tenía la certeza de que se disiparían a un soplo, como las nébulas impalpables de los pantanos. Fuegos cárdenos danzaban en el horizonte, haciendo perspectiva a la muchedumbre incomprendible que giraba en ronda lenta, de sueño nunca visto por el ojo del hombre. Tronaban los cerros; centelleaban las cumbres la ira de los dioses enfurecidos..."

—¿Qué son? —preguntó Sebastián al brujo.

—Los dueños de la tierra.

—¿Todos?

—Todos lo son, todos lo fueron, pero ninguno lo es.

—¿Por qué?

—Porque el Tzuúl-Takká sólo hace a los hombres el préstamo de la tierra.

Sebastián Ax no quiso saber más y púsose a sollozar pensando: ¿quién nos salvará de los vivos y los muertos? El pensamiento del viejo le respondió sin palabras:

—La Sombra del Wabil-guink (del hombre bueno).

Luego el brujo comenzó a recitar: Ix el li saké, li poó, li cham... (salió el sol, la luna, los luceros)".

¿Hay en el alma medrosa y humillada del indio la secreta condenación del hombre blanco? ¿Hay la esperanza del hombre bueno?

Esta página preside el nuevo libro de Carlos Wyld Ospina que lleva el mismo título. Aquí da una feliz impresión de aspectos interesantes de la vida indígena guatemalteca. Feliz, decimos, para indicar la certeza con que penetra

en el alma casi misteriosa del indio, sin lujos de arte y con sensibilidad intensa, sin embargo. Hay otros cuentos de carácter regional en que el autor quiere retratar otra clase de tipos también genuinos representantes de la población compleja de Guatemala. Uno de ellos se titula "La Mala Hembra". Es apreciable el escritor en la representación del paisaje guatemalteco, maravillosamente impresionante: "El valle guatemalteco se recuesta con molicie, en aquella vecindad tremenda. Desde los caminos de la altura, el fondo del valle finge una alfombra persa. El ambiente es de una diafanidad azúlea, en que todo parece transparentarse: beatitud de las cumbres en el aire tranquilo que la baña, cual si hubiesen surgido allí, de pronto, con la mañana de un reciente día genesiaco".

El Manuscrito de Fernán Avelino, además de mostrar las honduras de estas almas coloniales que parecen nacer del aire mágico de la Antigua, hace evocaciones de la ciudad inspiradora,

por cuyas calles aun parece sentirse el vago perfume de santidad de la sombra del Hermano Pedro y el ruido ostentoso de las armas de los viejos conquistadores compañeros de Bernal Díaz. Conmovedora la descripción de la casona solariega, con su portal, su gran patio y aquí los arriates de rosales, los geranios pintados, esmeraldas, rosáceos, blanco nieve; la flor de Pascua con sus corolas granates, los claveles de terciopelo. Y la ciudad llena de piedras labradas que no dejan morir la memoria del vasto mundo que vivió sus orgullos o sus grandezas, su piedad y sus odios, a su sombra.

Finísimo libro en que parece por instantes escucharse un lejano coro fantasmal que surge de las vastas ruinas o que hace sentir la presencia de los dioses de la antigua raza. Escrito todo en este lenguaje claro y puero de Ospina: claro y azul como el aire conmovedor que parece convertirse en rosas bajo el cielo inmenso de la ciudad de los Caballeros.

El beso

Por SALARRUÉ

— Colaboración. San Salvador, El Salvador, noviembre de 1934 —

El Padre Alirio era triste. Cuando la melancolía encarnó, el cuerpo pálido, alargado y endeble del curita, le estaba a la medida como ningún otro. Con sus cáusticos misteriosos, la tristeza le puso las carnes pálidas, la cara seráfica y lampiña. Los ojos negros empujaron mucho, conquistando espacio. Las lágrimas, de tanto correr por las ojeras, dejaron en ellas el azul del éxtasis. La boca, pequeñita, estaba cárdena por la herrumbre que el silencio le dejaba; cada emoción la encogía y la alargaba con la tortura de los mariscos de concha, cuando reciben jugo de limón. El Padre Alirio parecía más ángel, que aquéllos esmaltados de los camarines. En vez de Alirio, debió llamarse Padre Lirio. Cuando pasaba iba cabizbajo, y con las manos una en la otra como alas en descanso. Cuando hablaba parecía como si dijera versos; y cuando suspiraba, parecía como una cosa que se va a deshacer. Se paseaba, leyendo siempre, tal si en una bandeja extraña fuera llevando su propia alma, de un lado a otro. Era un misterio.

El pueblo, en la cumbre, era blanco, pobre, callado. Como estaba en la cima, el azul hacía tope en la ronda. Más que un pueblo de la montaña, parecía un puerto del cielo. Las nubes llegaban, lentas y silenciosas, atracando en la barrida. Los "maquilishuas" hacían espuma; y en las noches de verano, las estrellas flotaban a nivel, como medusas de fuego. Hacía frío.

Frente a la iglesia tosca, pesada y mapeada de musgos, vivía, en una casita de esquina, la niña Jesús. La enrejaban sus padres tras la ventana; era alegre y coquetona como un tiesto con flores;

y los hombres callejeros la regaban de piropos. Cantaba. A veces entreabría, con misterio, y espiaba. La luz, en los vidrios de la ventana, solía temblar de celos.

Por la tarde, el cura se dignaba mirarla desde enfrente y saludaba, con la cabeza y la sonrisa cobarde. Ella volteaba en el aire su mano, como un pájaro. El, entonces, seguía el vuelo hasta las nubes y se quedaba, temblando de miedo, en el espacio. Luego ella dió en entornar las hojas de cristal y espiaba al curita, quizá admirando su santidad.

El amor se le fué subiendo por la timidez como una enredadera, hasta llegar al alma. Pecados en botón brotaban, pugnando por reventar y perfumar. La cruz, colgada de la cadena, se había hecho un puñalito. El corazón apajado se quería volar, aleteando. Sobre la almohada, olorosa a ropero, el insomnio dejaba húmedas huellas y los dientes, ligeros rasguños. Se había apagado la luz sobre el aceite. Visiones sacrílegas flotaban, torturantes, en la alcorba; y un poco de piedad para el Demonio se había introducido, matando con rosas y violetas el perfume del incienso.

La niña Jesús entró en el templo, queriendo credos con los tacones de sus botas altas. Sin duda alguna, el estuche le iba mal. El traje negro, derrotado, reventaba en carnes rosadas por todos lados. Las líneas impetuosas, rebeldes, saltaban, obligando al traje sus desnudeces pomposas. Se arrodilló, con espumarajos negros, cerca del confesionario; y se persignó, como afinándose en su belleza.

Mientras los finos dedos tragaban una a una las píldoras de fe del rosario, el cura, guardado en el armario de las confesiones, leía, esperando. Ella, como sombra que se arrincona, se acercó y pegó su cara enlutada al junco en rejilla, tras el cual esperaba el confidente oculto.

—Dí tus pecados...

—¡Ay, no me atrevo!...

—Pues...

La voz y el aroma la habían delatado. El cura sabía ya con quién. Le tembló la pregunta:

—Tan grandes son?...

—¡Mucho!

—Ten valor.

—Me acuso, Padre Alirio, de un amor loco por un ser prohibido.

El cura se agarró, crispado, a las manillas del asiento. Le castañeteaban los dientes y la respiración le ahogaba.

—No, no... alcanzo a entender... qué...

—Le amo locamente... ¡Perdón!

—A... ¡A mí!

La niña Jesús descargó un suspiro, como una prueba. El Cura sobaba, con su mano abierta, la rejilla de junco, como quien limpia un vidrio. El aliento cálido, diabólico pasaba por entre sus dedos temblones.

—¡Jesús!...

—¡Padre!...

—¡¡No, no: el otro Jesús!!

—¡Ah, perdón!

—Sí... Y tú, Jesús... yo... también... te amo.

—Lo sabía.

Lo dijo fresca, renovada, convencida. La voz le sonreía como con sarcasmo. El prisionero respiraba afanosamente. Ella añadió:

—Si me amas, ¿por qué no arrancas esa cortina?

El la arrancó de golpe. Allí, detrás de los agujeros del enjuncado, estaba el rostro de la amada, como la miel en los alvéolos de los panales. Para verla con toda su pasión, el cura cerró los ojos. En las pestañas le temblaban lágrimas de pecado. Puso ella sus labios apretados contra el junco, y él se agachó para tomar el beso. Sobre aquella tela, no se podía decir quién hacía de araña. Los labios se buscaron, temblando de ardiente frío; y un leve chasquido selló las confesiones.

Tres beatas esperaban su turno: esperaban, esperaban, esperaban...

—Gran pecadora será esa niña, cuando tanto tiene que decir—dijo una, y se fué.

Las otras se durmieron. Cuando se retiró la enlutada, era ya de noche. Las beatas se aproximaron y esperaron a que el cura las invitara con el signo de la mano, como acostumbraba; pero él permaneció inmóvil; tan sólo, de vez en cuando, su voz de arcángel se oía murmurando, emocionada:

—¡Jesús, Jesús!...

Página lírica de Gris

— Envío de la autora — Cartago, Costa Rica —

TU RECUERDO Y YO

Más temprano que otros días
quise salir a pasear.
Vino alegre mi caballo
para dejarse ensillar.

Quería yo perderme
por un sendero ignorado
donde nadie me siguiera
sólo tu Recuerdo amado.

Brioso mi corcel trotaba.
Yo lo guiaba distraída,
y a mi lado volaba
tu noble Recuerdo alado.

La mañana despertaba
para mirarnos pasar;
creía que estaba soñando
y volvíase a acurrucar.

Tan de madrugada era
que las culebras aun
no habían salido a asolear
el tornasol de su piel.

Parpadeaban, soñolientas,
las florecillas silvestres
y en un bostezo decían:
¡Buenos días! ¡Buenos días!

No encontramos ni un labriego
por la ruta solitaria;
todavía se calentaban
junto al generoso fuego.

Y seguíamos tú y yo
conversando en el silencio;
admirando de natura
tanta belleza ignorada.

Consciente de nuestro paso
el viento nos saludaba
con una fresca caricia
sobre la frente cansada.

Aun dormían los peñones
bajo frazadas de musgo,
era un placer contemplar
la variedad del matiz.

Se desperezaba el río
y se alargaba... alargaba...
hasta llegar a la mar.

Todo por nos saludar
y por correr con el chisme
de que íbamos los dos
a la montaña a pasear.

Todos te adivinaban.
Me veían sólo a mí,
y presto venía el comentario:
Ahí va el Recuerdo a la par...

El sol nos vino a encontrar
a la plaza de Orosí,
y con su luz nos mostró
todo aquel bello lugar.

Fué tan fuerte la emoción
que a mí me sobrecogió,
que estreché más tu Recuerdo
bien cerca del corazón.

Fué fantasía? O es que allí
aun moran, en fe de la tradición,
los espíritus rebeldes
de los fieros españoles.

Sin cerrar mis ojos ví,
espada en cinto, bota alta,
a más de un conquistador,
cruzar enhiesto, la plaza.

En silencio te busqué
pidiendo que me explicaras
esa tan extraña visión
que no podía comprender.

Y en tu aura pude ver,
delinearse muy clara
la forma de un caballero
de aquel tiempo señorial.

Hice volver al caballo
y regresamos los dos,
meditando la aventura
en el Valle de Ujarráz.

Al salir nos dimos cuenta
que hasta el río Reventazón
tiene su porte gentil:
pasa besando los pies
a la señora Orosí.

El Radio, Cartago, 1934

LIBERTAD

Qué estrecho y encadenado
es el sentido civil
de la expresión "Libertad"

Muchas leyes, prohibiciones,
algunas muy bien pesadas
en la balanza no justa
llamada Constitución.

Pero hay una libertad
que es libre e ilimitada,
es el derecho a gozar
de los bienes naturales.

Ni Cresos ni Salomones
pudieron jamás dictar
con sabiduría y poder
que no se goce al amar.

Esa es la libertad
de que me ufano yo;
la que me deja apreciar
intensamente feliz,

Un glorioso amanecer,
o el infinito azul
por donde viaja, sin freno,
ávida, mi fantasía.

Todo el espacio es muy mío:
nadie me puede prohibir
que vaya corriendo a capricho
de línea del horizonte.

Y ese aire puro, tan claro,
como pupila de Dios,
es también mi posesión
y nunca se podrá agotar.

Y soy rica, como nadie,
pues me pertenece el Sol,
esa moneda gigante
que no se gasta jamás.

Y si me cansa una vez
estar en un solo sitio,

yo salto de pico en pico,
las montañas elevadas.

Quiero música oír?
Ahí está el agua cantarina,
que tiene más en su voz
de queja que de canción.

Voy al arroyo a escucharla,
y me cuenta en pentagrama,
que todos los ríos son
las lágrimas de la Tierra.

Si del ser humano
me siento cansada,
yo busco a las bestias
que pastan en paz.

Ellas saben bien
que yo, sin ser franciscana,
me siento muy hermana
de todas las criaturas.

Y cuando todo en el mundo
me estorba, mi refugio ansiado
es el templo quieto
de un recuerdo amado.

Esta libertad
de hacer lo que quiero
con el corazón
es todo un tesoro.

Y no hay dictadores,
sultanes o reyes
que puedan mandar
en mis posesiones.

El Radio, Cartago, 1934

MISA DE PUEBLO

Todos tempranito
fuera de la cama.
Van los campesinos
"a hacer por el alma".

Blusa y pantalón
bien aplanchaditos;
patita en el suelo
y un sombrero nuevo.

Van todas las mozas
bien engomaditas,
rebozos de seda,
todas tan hermosas!

Qué gusto me dió
verlos tan devotos
pidiendo al Señor
su ayuda eficaz.

Para la cosecha,
que quieren mayor;
y para los sueldos,
que no bajen más!

Salud y trabajo
su ambición mayor...
Oyelos, Señor,
que no pidan tanto!

Regresan contentos
a su choza humilde.
Es porque ya vieron,
y hablaron a Dios...

El Radio, Cartago, 1934.

TU VIAJE

A Claudia Lars, hermana
en la luz y en la tristeza.

Está triste la tarde.
Van muy a prisa las nubes,
como huyendo, con temor.
Ha venido a visitarme una musa,
en muy doliente actitud.

No tiene ganas de hablar,
pero adivino en su gesto
que se querría desahogar.

Tiene los ojos llorosos,
y su voz, débil de pena;
me ha dicho en pocas palabras
el dolor que la abrumba.

Me recuerda, entre soliozos,
la bella tarde de ayer
cuando sentadas las dos,
(mi amiga y yo, no la musa)

Junto al arroyo parlero,
sobre la piedra paciente,
y bajo el generoso alero
de un árbol clemente
que los libraba del sol.

Allí donde tu voz de alondra,
me tuvo en éxtasis, horas,
oyéndote contar la pena
que transformarías en canto.

Confundiase tu voz con la del agua,
que era plegaria y lamento;
con la del viento, ¡tan suave!
que no podíamos traducir.

Y yo supe de tu pena,
de tus sueños y temores,
de tus ansias y dolores
y de tu imposible amor...

Me contaste de tu viaje
que tanto pesar me da,
me inquieta sobremanera
tu destino, pasajera.

Porque llevas plena el alma
de intangibles realidades,
de ensueños de oro y de nácar,
que en este plano no cuajan.

Es por eso que tu viaje
me contrasta lo increíble
porque sé, por experiencia,
que doquier alcanzas tu tienda,

Será tierra deleznable.
Porque tu trono, princesa,
lo dejaste en una estrella
cuando bajaste a la tierra.

Hada quisiera ser
y con mi varita de oro,
recitar en baja voz
los deseos más carichosos.

Que se cumplieran, ¡preciosa!
desde que pones tu planta
en la nave venturosa
que lleva tu carga valiosa,

Hasta que arribes a puerto
donde la Vida, humillada,
se tienda a tus pies,
y te ofrezca, callada,
cuando tu anhelo soñó.

El Radio, Cartago, diciembre 10 del 34.

CON la AGENCIA PAN AMÉRICA, en pleno centro de Buenos Aires, (Bolívar, 375), a 200 metros de la Universidad Nacional y del Colegio Nacional Central, y a un paso de las grandes librerías, Ud. puede conseguir semanalmente las nuevas ediciones del *Repertorio Americano*.

Resurrección

Por JOSE SANTOS CHOCANO

= Envío del autor. Santiago de Chile, 21 de noviembre de 1934 =

En las tierras de Chile, cuyo espíritu no es fácil a los entusiasmos, hecho como está a la influencia melancolizadora de los Andes y el mar, acabo de asistir al milagro lírico de una resurrección espiritual, con tal virtud que ha provocado a poco otra y aun otras, hasta poder decirse que se ha provocado una como resurrección colectiva.

Si tiene gran razón el poeta en decir que quien se ausenta... muere un poco, no cabe duda de que quien regresa... resucita del todo.

En más de un lustro que llevo en Chile, tenía yo casi por desconocidos a escritores chilenos de la mayor prestancia, por sólo el hecho de estar ellos ausentes: ése, en el fondo de las montañas nativas; aquél, al otro lado de los Andes y aun del mar Atlántico.

De súbito, Fernando Santiván—dócil a las fuerzas ocultas que gobiernan la vida de los hombres—después de largos años de convivir con los árboles, vuelve a la capital, a manera de un Caupolicán lírico que, si no con el tronco de líbano en el hombro, figúraseme que reaparece armado de una pluma de cóndor en la mano. Percíbese en el ambiente metropolitano una inquietud de aguas rotas por la caída de una piedra, que, en tal caso, ha sobrevenido disparada por una honda seivática y en una trayectoria de años. Alrededor de este escritor que se aisló por largo tiempo, en una comunión panteísta con su flora y su fauna vernáculas, se arremolina el espíritu de todos los demás escritores, en los que se puede, al contacto nuevo, apreciar el saludable influjo que ejerce el soplo vital así llegado desde las tierras vírgenes... Se empieza a respirar un ambiente más sano, más puro, más reconfortante. La reaparición del compañero es grata para todos, y todos sienten dentro de sí algo de lo que él trae en su alma. El les anuncia un libro, cuyo solo título vale por una proclama: "Charca en las selvas".

Y como si el milagro de la reaparición de Fernando Santiván diera motivo a otro milagro mayor, he aquí que llega la buena nueva de que el por más tiempo ausente, amado compañero de las primeras milicias literarias, vuelve a su país natal, después de dar la vuelta al mundo, como el navegante del buque-fantasma del legendario Chiloé.

Dijérase que la voz fraternal de Santiván ha sonado a manera de conjuro en las siempre despiertas antenas espirituales del fantasmagórico buque en que navegaba Augusto D'Halmar; y éste no tiene más remedio que ordenar la maniobra, virar en redondo y regresar a Chile.

El regreso de Augusto D'Halmar, después de treinta años de ausencia, bien vale por una resurrección espiritual. Todos le reconocen, si bien transfigurado. Cobra a los ojos de los compañeros líricos el prestigioso aspecto de un "aparecido"... Es un "aparecido" que no



Manuel Magallanes Moure

(Como era en 1903)

viene de la otra vida, pero sí de una lejanía de treinta años de ésta. En treinta años de esta vida, puede haber tanto como en la eternidad de la otra...

Hay no sé qué de hamletiano en el personaje que es este Augusto D'Halmar de las letras chilenas. Él se fué a viajar por el Egipto, por la India, por las tierras de misterio; y al regresar al Occidente, él trajo algo del misterio del Oriente en el alma. Místico, se programó la vida en el título de uno de sus libros de viajes, con una imagen digna del poema de Kempis: "La sombra del humo en el espejo..." Al regresar hoy a su Chile, puede él advertir que el humo de los viajes se le ha acumulado sobre la cabeza... La cabeza blanqueada por el humo le hace aparecer, en el espejo de los años que le ven resucitar, como si todo el fuese una sombra.

Sombra de sí mismo hace treinta años, Augusto D'Halmar va preguntando por sus compañeros de entonces; y, emocionadamente, se detiene en un nombre: ¿Manuel Magallanes Moure?

Fernando Santiván le responde: Vive en un parque...

Y como un alma en pena que pregunta por otra, dice D'Halmar su voluntad de visitar a Magallanes. Este vive en estatua, en una de las avenidas del Parque Forestal de Santiago.

Así ciérrase el triángulo de la sabiduría, en que se realiza la múltiple resurrección, que empieza en Fernando Santiván, se afirma en Augusto D'Halmar y culmina en Manuel Magallanes Moure. Sagrada trinidad es ésta de amados y nobles compañeros, que se confunden en una misma y eterna Poesía.

A la invitación de D'Halmar, se juntan todos los poetas, todos los escritores, todos los artistas, todos los espíritus puros—niños, doncellas, estudiantes—al pie del busto de granito, en que Magallanes Moure aparece en el Parque Forestal como un guardián de piedra, sobre el que se deshojan los árboles, en torno al que revolotean las mariposas y en cuyos hombros se posan los pájaros a cantar.

Es un día claro, digno del homenaje al poeta. Misa de las doce, en cuya liturgia zenital, el sacerdote que es D'Halmar oficia levantando, por un milagro de perspectiva, sobre todas las cabezas descubiertas, la custodia del Sol. Mientras que la palabra fluye de los labios trémulos del oficiante, se puede observar que en los ojos del testigo mayor—Fernando Santiván—se revuelve una lágrima que es como un Grande Océano.

D'Halmar habla del cuento de nunca acabar, porque tampoco empieza nunca, y en que si la vida es sueño, el sueño se hace carne, la carne se deshace en polvo y el polvo se trasmuta en piedra o en metal. Mármol o bronce, la estatua evocadora vuelve a desincorporarse en cuanto a espíritu y a saturar el aire con efluvios de resurrección...

Resurrección es la que se opera en todos, cuando la fiesta lírica envuelve el parque en las ondas cálidas de una masa coral de voces solas. A la pintura del momento, únese el homenaje de la música. Todas las Bellas Artes acuden ante la escultura de Manuel Magallanes Moure, que parece animar al soplo de la Poesía.

Y el mejor homenaje al poeta hácese lo quien recita algunos de sus bellos poemas. Roberto Meza Fuentes, crítico de poetas, gran poeta él mismo, lee con sagrada emoción los graves y desolados versos.

Hay en éstos un no sé qué de hondura y de recogimiento como de fuente brotada en un rincón andino. En la poesía de Manuel Magallanes Moure se proyecta el alma melancólica de una Naturaleza oprimida por la gravedad de los Andes y limitada por la desolación del mar...

La gravedad trasciende aún en el esfuerzo de gracia hecho por el poeta, para celebrar esa o aquella vena de agua que mana de los peñascales cordilleranos.

Al pie de los tres álamos cimbreantes que de verde empenachan el faldeo,

(Pasa a la pág. 382)

Sobre el tejido aymará que cubre la mesa de trabajo, cae esta vez un lingote de oro que lleva estampadas las carabelas del Descubrimiento y como orla, orquídeas de la zona tórrida, vicuñas pintadas de nieve, peces que huyen mordiendo una perla, tortugas acorazadas de carey embebido en luz... Es la carátula de la obra que acaba de agregarse a los grandes libros escritos en Chile.

Se dobla la fastuosa hoja liminar y aparece la empingorotada cabeza del hombre de choque que es Chocano, por más que su apellido afirma rotundamente lo contrario. Ahora, los años y las aperreaduras han pintado dos alas blancas sobre las sienes y entre ellas ha quedado erguido un copete negro y cyranesco. Es el poeta pintado por López Mezquita para "The Hispanic Society of America".

Lo conozco desde hace la friolera de treinta años y cuando él hacía contorsiones cívicas en "Iras Santas", yo dejaba caer unas gotas de absintio, administradas por Rubén Darío, en la copa desbordada de los veinte años.

Chocano — cuyo apellido niega su sino de lucha y cuyo nombre de pila es de una burguesía mansa y sedante — nació en Lima, lo que no se consigna por amor a la historia de fe de bautismo, sino porque la sede y el momento en que el futuro portalira lanza su primer berrido, moldean su personalidad, que en un sentido es la concreción del ambiente indoespañol y en otro, la inquietud incesable del hombre sacudido por todas las pasiones y alcanzado por todos los dolores. Chocano es una alma saturada con los atavismos de la época de gran estilo en que Balboa acuchillaba al Pacífico y en que Pizarro, el porquerizo trujillano, se tallaba un imperio.

En la ciudad abarrocada anterior a los remozamientos de hoy, había ambiente con qué modelar un poeta de estirpe tradicional, sin dejar de ser el hombre con los nervios al aire de estos tiempos que nadie sabe hacia qué trayectoria se inclinan. Y sabe Dios si por carecer de un ambiente peculiar, una gran parte de la América está negada hasta ahora para la creación propia y, en consecuencia, condenada a la desorientación, pasando de un reflejo, de una moda, de una influencia inestimable a otra.

No era ese el caso de esa ciudad tibia, laboreada y andaluzante que primero fué cabeza de Virreinato; en que después se acuchilló el caudillismo post-emancipador y hasta la cual llegó un día la guerra en grande. Ahí, por consiguiente, podía aparecer algo fuertemente personal y que iría por el gran teatro del mundo llevando sus cantos y sus pasiones hasta la hora del enterramiento. Sólo lo formado por lo tradicional podrá producir algo propio y que no sea vidrio verde en vez de esmeralda de Muzo.

De 1530 a 1535 la villa embrionaria acampa tras un bastión plantado en el valle de Jauja y después pasa a consagrarse en Lima, tomando el alto nom-

"Oro de Indias"

La cabeza del Virreinato

Por E. RODRIGUEZ MENDOZA

=Envío del autor. Santiago de Chile, Setiembre de 1934=



José Santos Chocano

Chocano

Por ALEJANDRO ALVARADO QUIROS

=Envío del Autor. — San José de Costa Rica, noviembre de 1934.=

Un criminal, que puede ser un loco, ha cortado con el puñal la trama de esa vida luminosa, como antaño, un fanático ciego de pasión religiosa, asesinó al monarca que se había ganado el corazón de su pueblo, dando muestras de un espíritu de tolerancia que no era de su siglo. Este era un Rey del pensamiento y había consagrado su numen a exaltar a nuestra América, la que le vio nacer y la que ahora enmudece de dolor ante su muerte violenta y prematura.

En estos mismos días circulaba el nuevo libro "Primicias de Oro de Indias", que encierra como en estuche de sándalo unas cuantas maravillas del artífice fecundo. Como poeta, Chocano tenía el aliento de nuestros bosques vibraba con todo sus vientos, captaba para su inspiración todos los colores, todos los aromas, el paisaje y la vida. En este último volumen aparecen cantos que son troquelados en forma modernista, que podrían citarse como modelos en su género, sin que se disminuya la riqueza de la imaginación característica de lo suyo, ni se pierda su manera inconfundible y magistral. Era un romántico perdido en los tiempos contemporáneos que vivía por el arte, trasmutando la materia que tocaban sus dedos ágiles en objetos preciosos, esmaltados con la pedrería de sus imágenes.

Chocano vino desde su juventud a Costa Rica, rindió homenaje a la gracia de nuestras mujeres, aquí concibió muchos de sus más bellos cantos y vivió el poema de un amor al casarse con una gentil dama que es hoy la madre de un niño prodigioso de hermosura y de talento. Deseo reproducir fragmentos de un estudio que leí en un recital organizado por el poeta en 1923, porque esos conceptos ante el vuelo de este Cóndor que

(Pasa a la página siguiente)

bre de ciudad de los Reyes. Y, en prueba de ello, estampó tres coronas en sus armas. Agréguese, en seguida, el séquito fastuoso y pintoresco: nobles de abalengo e hidalgos de gotera; oidores, alcabaleros, factores, arzobispos, obispos, canónigos; santos teólogos y santas inefables; universidades salmatinas; inquisición, inquisidores y quemadero; dominicos y franciscanos; monasterio de la Encarnación, fundado por doña Mencía de Sosa y monasterio de la Penitencia fundado por el marqués de Cañete. Además, puertas de cuarterones; estocadas de encrucijada y horca y picota en las plazoleas con Cristos de hornacina... Es Lima la virreina y fué tan vasto su Virreinato, que alcanzó para tres; el de Pizarro, el de Santa Fe y el de Buenos Aires. El primero era especialmente protegido de los Reyes y para no ser menos que Avila la teresina, cercó su capital de una muralla de adobes; pero armada de treinta y cuatro baluartes.

He ahí el telar en que la tradición tejería su rico tapiz, en el cual no faltan las hilazas de oro.

Físicamente, a su vez, hasta Lima llegan los celajes del trópico; se trepa a las montañas y se alcanza la región de las nieves perpetuas; se avanza al interior del Continente y se arriba jadeando, a las "tierras mágicas", la región en estado de génesis en cuyas arterias fluviales viajan las garzas afirmando las patas de jade en la caparazón recamada de las tortugas. Lima es una portada de azulejos alicatados puesta en la cercanía del cromatismo tropical.

La tradición y el ambiente, formando un determinismo mental y material evidente, tenían que producir y produjeron el poeta continental de las "tierras mágicas" y del Virrey moceril que pasa mirando a la cartagenera con sus quevedos de carey. A ese poeta lo cogrían después la vida y la tempestad, reviviendo en él a los andariegos que partían de la Jácara picaresca para vallarse un imperio en lo desconocido.

Nació en Lima y en caso de haber nacido en tiempos de Indias, habría visto la luz en Extremadura, en Trujillo, en cuya plaza mayor hay ahora un Pizarro visionario representado en el momento de partir de sus berrocales cabalgando una bestia crispada, como él, y que se encabrita levantando verticalmente los remos delanteros. De ahí se partía con lo puesto y movido por dos fuerzas electromagnéticas: la fe y la codicia. Luego, se trasmontaban las sierras vertebrales de Guadalupe, Montánchez, Pedrosa y se estaba a orillas del Guadalquivir en cuyas aguas esperaban los galeones que partían hacia la tentación del Nuevo Mundo: traían a los extramuros del planeta lo más rico y movido de la Península y volvían con el quinto del rey, extraída de Jauja, Potosí o el Dorado...

El campo se florece de adelfas

Un día sobre el cual ha ido cayendo medio siglo de años, los montones que

costean la capital y que no conocían más ruido que el de las olas eglógicas que llegaban en son de amorío hasta sus faldas de seda, parecen ahuecadas por los estampidos y en sus repechos se encienden las banderas, las bayonetas y las espadas y el arenal gris del Morro Solar y del San Cristóbal se florece de adelfas... Es la guerra; sigue avanzando; entra a sangre y fuego a Miraflores y después de combatir bravamente, la Virreyna cae en poder de su adversario de entonces. Se oyen tambores, redobles, rodar de cañones y tropel de caballería. Es el ejército vencedor...

He ahí una serie de impresiones laceras e indelebles que toman el alma transparente del muchacho que entonces corría azorado por soportales, pórticos y altosanos. Impresiones y escenas de gran dolor, que contraen prematuramente el ceño del niño, convirtiéndolo en hombre. Y como un desastre no queda nunca solo y sin consecuencias, tras la guerra exterior aparecieron las contiendas civiles. No tarda en combatirse, en las cercanías y luego en las calles de la ciudad y "el tuerto Cáceres", soldado indomable, entra a bayonetazos a Lima. El suelo desgarrado sigue temblando. En el alma del niño, ya hombre, estalla la tormenta; aparece el poeta expugnatorio de "Iras Santas" y los versos del sagitario juvenil se estrellan sonoramente en pórticos y travesías haciendo saber que en la ciudad nobiliaria había aparecido un poeta amasado con la grandeza del pretérito y la pesadumbre del presente. Se apodera de él en forma ululante el espectáculo de las luchas y las miserias internas y se destaca desde el primer momento el combatiente marcado en lo más íntimo por los años terribles. No aparecía el poeta de "Alma América" ni veía aún la selva llena de gérmenes; ni los ríos árticos enjorjados de orquídeas y víboras. Pasarías las "Iras", que siempre pasan aunque se auto califiquen de "Santas"; llegaría la plenitud lírica y sólo entonces vendría a unirlo el panteísmo poderoso de las "Tierras Mágicas" en que reaparece el fausto de los Incas chapeados de oro; la fuerza y la rudeza de lo castellano y en encanto provincial de la Colonia.

América cósmica

Estaban de moda a la sazón las madamerías decadentistas y empezaban a introducirse en lo indoespañol ninfas y sátiros efusivamente primaverales; hadas envueltas en el velo solar de la reina Mab y gnomos contrabandistas que escondían en la barba de vellón los diamantes azules y las perlas negras... Darío, evadiéndose de lo americano, se sentía seducido por todas las formas de la imitación francesa: los retratos nacarados de Watteau o Fragonard; los sátiros amaestrados por Catulle Mendès; las frondas estivales en que, en vez de "llamas" y vicuñas, correteaban los centauros de caramillo al cinto persiguien-

do ninfas de melenita al oxígeno o emperatrices chinas sustraídas de las coleccionaciones de "L'Maison d'un artiste", de los hermanos Goncourt.

Chocano admiraba a Darío, renovador incuestionable que arrancó lo español de su empolvado confinamiento en lo quintanillesco. Darío perforó los Pirineos, dejando pasar lo francés a la Península que prefería lo arcaico a la camelote de boulevard; pero el poeta de "Alma América" quería al ilustre nicaragüense sin dejar de buscar su camino, prometiendo arrogantemente abrírselo si no lo encontraba... Pondría, pues, música lírica a la fauna, la flora y la historia indoamericana y sería imposible meterlo en un Versalles de cartón piedra.

y dejarlo embobado ante las princesas tristes los pavos reales, la marquesita Rosalinda; la hada armonía o el coloquio de los centauros... No quería ser fauno versallesco y contentarse con llevar entre los labios un racimo de uvas champañescas cogidas en las parras de Reims. Nada de ninfas, en una palabra, ni de marquesitas "muy siglo xviii". El poetazo empezaba a ver otra cosa, inaudita e inédita: el trópico, denso y centelleante; el barroquismo virreinal, transportado por él a lo permanente, amén de otros motivos que a Dios gracias no es posible transponer del Viejo al Nuevo Mundo.

Al salir de su tierra, el poeta se metería hasta la aorta en lo original; pene-

Chocano...

(Viene de la página anterior)

nos deja, representan un tributo de mi amistad a su memoria.

Al estudiar con atención los versos de Chocano fácilmente se establece la trama que los une a su ciudad natal. Como juzgaba Anatole France, la colección de los "Trofeos" de Heredia, así digo: "que se encuentra en esos maravillosos poemas la naturaleza ardiente y florida donde se deslizó la infancia del poeta, el alma de los conquistadores de quien es descendiente y los puros recuerdos de la belleza antigua que él piadosamente evoca.

La ciudad de Lima, con su cielo que parece un dosel azul puesto para las fiestas de los Virreyes, con su espléndida Catedral que además de sus variados e inestimables tesoros de arte, guarda como de reliquia en una urna de cristal, los huesos del Conquistador Pizarro; con sus numerosos conventos y sitios piadosos, con su biblioteca y museos que evocan la carrera vertiginosa de los siglos, sus callejuelas con sus nombres pintorescos, aquel ambiente arcaico mezclado con el lujo moderno y aquel aire tibio, impregnado del perfume de las bellísimas mujeres, que las brisas del Rimac no logran refrescar, esa ciudad estaba destinada a engendrar a un artista extraordinario. Chocano es su poeta! En su poesía pasan como en maravillosa cinta las primitivas leyendas de los Incas que se confunden con el candor de la naturaleza, las tradiciones que encontrara ocultas en los armarios olorosos a incienso o en los pergaminos que ofrecen sus inscripciones medio desvanecidas, la vida galante, la vida piadosa, la vida de intrigas y de batalla, la veta de oro del coloniaje tan pródigo en motivos de arte como los más famosos tesoros del Oriente.

Pero el poeta en su desenvolvimiento y gracias a su perenne odisea por tierras y por mares, ha logrado dar más amplitud a su inspiración, que vuela majestuosa para contemplar y cantar la soberbia naturaleza de nuestro Continente. Condensa en sus poemas pletóri-

cos de ritmo lo grande y lo pequeño; los volcanes y los lagos, las cataratas y las perlas, las tragedias de los animales en la selva de los trópicos, o las puestas de sol en nuestro cielo que son prodigios de color, las cosechas de nuestros frutos ricos de aroma y las palmas y las orquídeas transportadas de las montañas a nuestros huertos apacibles. De la naturaleza el inspirado pintor pasará pronto a la Historia, pero sin salir del Continente: prepara sus armas y la maestría de los procedimientos para medirse con un superhombre, arquetipo de la raza hispanoamericana. Chocano evocará la gran sombra que habita en la cima del Chimborazo, la legendaria figura del Libertador Bolívar.

Tal es su característica, la de ser americano. No sería posible encontrar un parangón entre su manera y la de Rubén Darío, a no ser la de la facilidad nativa con que los dos hablaron la lengua de los dioses. Darío es artista complicado y sabio, un Benvenuto, que transforma todo lo que toca en obra bella, pero es del Renacimiento, y a veces griego, español del siglo de oro o parisiense fin de siglo. Chocano es abundante, sonoro, colorista, y está más al alcance por su imaginación fecunda y su técnica sencilla de que lo comprendan y lo admiren como él desea, veinte pueblos de América Española.

Extraña coincidencia. Rubén Darío en las composiciones de sus últimos años parece abandonar aquella indiferencia de artista que habitara en su torre de marfil, y Chocano también, el menos subjetivo de los poetas, "el cantor del cóndor de las cordilleras, del jaguar de las pampas y del colibrí de las colinas", siente en su corazón la fuente de nuevas inspiraciones y nos ofrece ahora como vais a poder juzgar en breve, algo de su propio pensamiento, episodios de su vida de aventuras, las torturas de su espíritu ávido de nuevos espectáculos y es así como adivinamos que la cabeza apolínea coronada de laureles de áureo metal, también sufre con el dolor humano y sangra por la corona de espinas que la vida le puso sobre las sienes.

LA COLOMBIANA
SASTRERIA DE
F. A. GOMEZ

Le ofrece Vestidos de Casimir de primera clase

¢ 1.25 ¢ 2.50 ¢ 10.00

ABONOS SEMANALES o MENSUALES

y al contado — Precio y trabajo que no admiten competencia. Acabamos de recibir un surtido de casimires en estilos modernos. Atendido por su propietario que es lo más competente en el ramo.

Teléfono 3283 - Frente al Siglo Nuevo

traría lira en mano en la zona nefasta de las convulsiones inocuas y sin fin; y en una de esas incursiones por lo inflamado, por poco lo fusilan, dejando sin troquelar los rimeros de oro que Atahualpa entregó estúpidamente a Pizarro. Recorre el gran anfiteatro recalentado por el trópico y la América cósmica empieza a centellear ante sus ojos. Es verdad que algo de eso ya había sido rimado y dicho por otros que llevaban un frac pasado de moda y una lira encordada en palo de hacer marquitos de salón... La América de Chocano sería otra cosa y desde sus primeros toques de trompeta pudo verse que sus versos serían el paisaje intocado en que hay perlas multicolores cogidas entre los dientes por hombres de bronce y en que las tortugas de carey, con que hacen relicarios o abanicos, parecen un topacio puesto al sol.

España al trasluz

Después de su primera exploración por la parte meridional del Continente, Chocano vuelve a Lima, paladeando la ovación. Le habían nacido grandes bigotes, como los del capitán del velero empavesado que lleva la canción; lo había aclamado cálidamente todo el trópico y empezaba a sentirse capaz de sinfonizar el paisaje, emboscado en lo inédito, en que un día resonaron los hierros y los alaridos de la Conquista; en que después se labró la heráldica de la Colonia; en que crujió la seda floreada de las virreinas y en que pasaron las literas pintadas "con algo de tálamo y féretro a la vez".

Bien. Pero había que reexportar todo eso e ir a proyectarlo a modo de tapiz en los muros del Escorial; en las murallas de Avila; en las piedras doradas de Salamanca. La peregrinación a la Península que es una gigantesca acumulación de historia y de espíritu, era, pues, esencial para la estética chocanésca, la cual es fundamentalmente lo hispánico transportado a otro medio físico y diluyéndose por medio de proliferaciones sucesivas en otros elementos étnicos. He ahí la razón de su originalidad personalísima y la cual rechaza orgulosamente toda imitación porque va tras los valores, cada vez más escasos, de la creación propia. Pero lo autóctono tiene que saturarse del pasado hispánico y sólo entonces en el caso concreto de Chocano, encontraría el cuño definitivo su oro de Indias. En efecto, el Nuevo Mundo hay que observarlo poniendo al trasluz la Península y ésta debe mirarse colocando a la América como culminación suprema de la trayectoria castellana en el universo y en la historia.

Allá fué, pues, Chocano. Allá nos divisamos en 1905 y como el Virreinato del Perú y la Capitanía general de Chile estaban entonces como el perro y el gato, nos miramos como beligerantes en territorio neutral. Entrábamos ambos en la vida y nos sumergimos ávidamente en la Península para oír el idioma auténtico y rastrear el espíritu traído a

GRANJA SAN ISIDRO

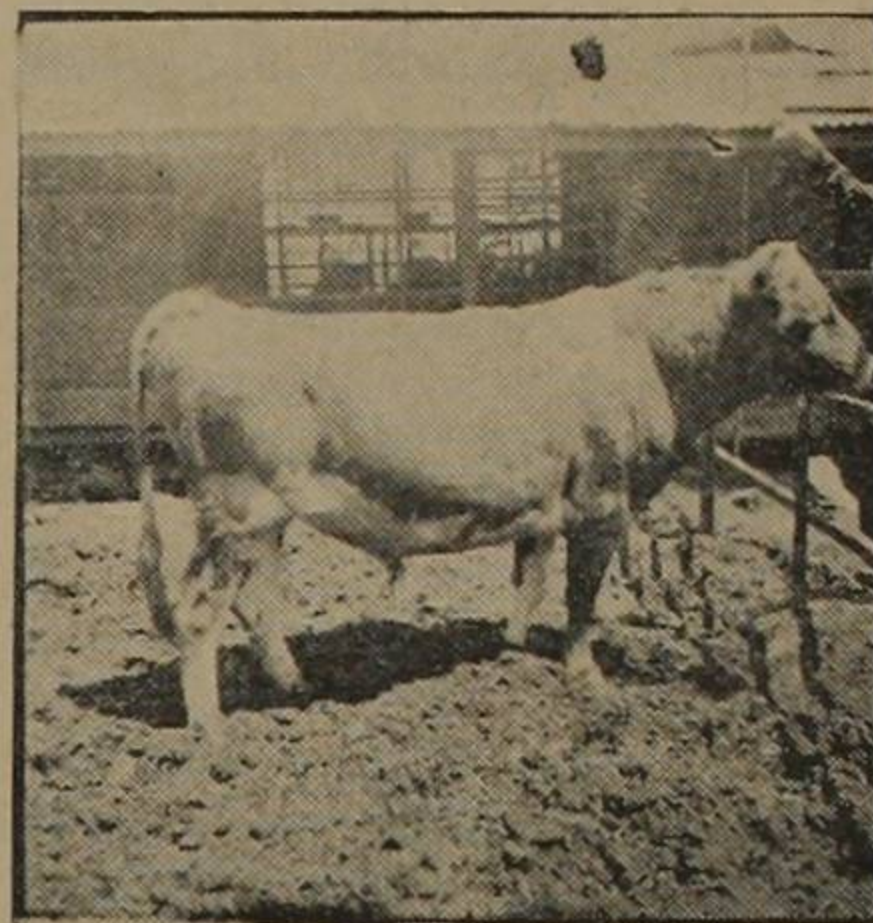
MAX JIMÉNEZ

CORONADO - COSTA RICA

Toro importado de la finca Emadine Raza Guernesey. El padre costó \$ 9.000.00 a las 9 horas de nacido. Se venden hijos aclimatados a la fiebre de Texas, en (\$ 1.000.00 U. S. A.

Pida:

Pedigries & Fotos



SAN ISIDRO MASTER PIECE

Nuevo Mundo por el país que nns incorporó a la vida universal. Y en cuanto a aquellos tiempos, llamados de la generación de 1900, primaban el pesimismo, la abulia, el "¡a mí qué!" de los pueblos y los individuos de vida muy liena. Peroraba Joaquín Costa y parodjeaba Unamuno; pero, a fin de que no todo fuera murria, posturas y pesadumbre, se salpicaba de sangre toruna la capa escarlata de "Bombita"; en el Salón de actualidades, sito en plena aorta madrileña, bailaba Pastora Imperio, empavesando de claveles sus diez y ocho años; Rosarito Pino imitaba a Leonora Duse en el Teatro de la Princesa; triunfaba, sobre todo en el teatro clásico, María Guerrero; teatralizaba Benavente; pintaba Sorolla con grandes pinceladas veiazqueanas; repujaba Darío sus "Cantos de Vida y Esperanza" y Alfonso XIII, enamorado, estrenaba sus primeros automóviles.

Un día llegó uno de los González Blanco a participarme que Rubén Darío acababa de llegar de la playa donde había ido a refrescarse, mirando el Cantábrico. Corrimos a verlo y lo hallamos instalado en un colmado de la calle de las Hileras, en compañía de una botella de cognac y de uno de sus admiradores menores, llamado Fabra, si no recuerdo mal.

Otro día llegó Francisco Acebal, novelista, dramaturgo y editor de los Clásicos. Iba a invitarme a la velada fúnebre en honor de Navarro Ledesma, autor de un libro delicioso sobre la gloria y el hambre; la pasión y la muerte del pobre Cervantes, el cual, dicho sea de paso, suplicó, besando la mano o el pie al Consejo de Indias, que se le concediera la contaduría del Nuevo Reino de Granada; la de las galeras de Cartagena de Indias; la gobernación de Socopusco en Guatemala o el corregimiento de la ciudad de la Paz. — "Busque por acá en qué se le haga merced y vaya usted con Dios"—ladró la contestación de Núñez Morquecho.

EN Nueva York, con The Franklin Square Agency (49 East, Thirty-Third Street) consigue Ud. una suscripción al *Repertorio Americano*.

Cambiamos la velada del Salón de actualidades por la celebrada en loor de Navarro Ledesma, al cual acababan de dar tierra en el pudridero de la Almudena, y nos sentamos con Acebal, enfocando de frente el escenario del Ateneo. Se levantó sigilosamente el telón y en vez de los grandes ojos de la gitaniilla, aparecieron los grandes bigotes a la cera perdida de don Segismundo Moret, ex-presidente del Consejo. Esa noche estaba de turno en el Ateneo y tenía a su diestra otros grandes mostachos, los de Chocano. Habló don Segismundo, en forma indigna, del Segismundo de "La Vida es Sueño", y no sé con qué motivo trajo a cuentas las ya desplumadas golondrinas de Bécquer... Se sentó, por fortuna, el señor Moret y Prendergast, cogiéndose con ambas manos sus bigotes de conde-duque de Olivares, y avanzó Chocano hasta las candilejas en medio de un silencio y unos murmullos escalofriantes... El público creía que iba a colocársele un trompeteo cimboracesco y se "escamaba" con tiempo. El poeta principió a hablar con la voz cantarina de los sudamericanos, y por mi parte no habría deseado estar en su epidermis; pero el silencio empezó a cambiarse en atención cada vez mayor, y muchos asistentes se acercaron al proscenio, agrandando las orejas con las manos, para no perder una sola sílaba de aquella sinfonía estupenda, que no era algo quintanillesco ni mucho menos, sino la "Alma América" vista a través de la España de los Austrias, la Conquista y la Colonia.

Chocano esparcía, a manos llenas, el oro de Indias; rescató a Atahualpa, porque aportaba algo inédito y extra peninsular, y el silencio hostil de esa velada se hizo primero atención anhelante y luego ovación mayor: Chocano había tomado magistralmente la "alternativa" y quedaba consagrado primer espada. Intensamente pálido, embutido en su levita negra y flaqueado por sus bigotes de mosquetero, agradecía, llevándose la mano al corazón emocionado, como el caballero del Greco.

Eché a un lado las pequeñeces de la

beligerancia en que entonces vivíamos peruanos y chilenos y en Chocano aplaudí a "las Américas".

Atavismos lejanos. Asunción del poeta

De España, donde acababa de acuñar los primeros cóndores de su oro de Indias, Chocano retornó trayendo un concepto integral de la Península y lo español.

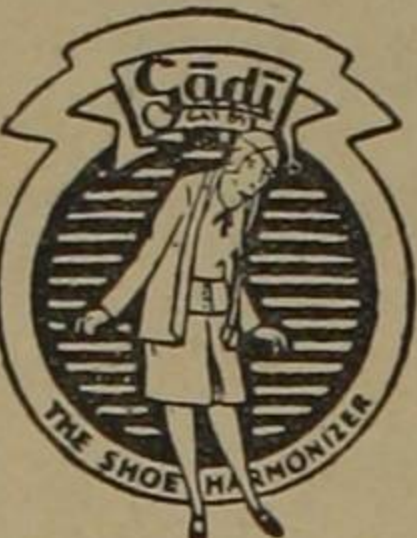
Dió comienzo a su segunda y arriesgada campaña de América y se mezcló con los caudillos típicos—telúricos, diría Keyserling—, que quieren remodelar al indio, cayendo pistola en mano sobre las supervivencias, todavía patentes, de "erconciencias" y repartimientos y el hombre hosco y sin sonrisas que no jugó de niño, "se retorció entre hierros y crró por las prisiones"... Repuntaban los atavismos lejanos y reaparecía en él el tipo combativo y cesarista que en los años de la fundación habría estado como si lo viera—, con Gonzalo Pizarro contra Carlos V y contra la Gasca, y en una de éstas, faltó muy poco para que, apesar de los quilates de su oro nativo, lo pusiera con la espada contra el muro de esos caudillejos que andan llenos de bordados y sentados en unos cuantos yataganes. El Nuevo Mundo en cuerpo se conmovió hondamente y el mismo Alfonso XIII, a cuya novia magnífica había ofrendado un soneto digno de Garcilaso de la Vega, intervino gentilmente para salvar la vida de su colega, el rey del verso español.

De regreso de la aventura, Chocano vuelve a entrar arrogantemente en "la vetusta casa colonial".

Gobernaba a la sazón el recio autoritarismo del último Virrey —Leguía—, y el gran dictador coronó al gran poeta en medio de una fiesta apologética:

"La ciudad de los Reyes—dijo—, me ha mandado poner en vuestra frente un símbolo de apoteosis".

El laurel de oro virreinal abrazó la frente en que empezaba a caer la nevaca de los años y Chocano, trofeo de heridas y retablo de dolores, se irguió galvanizado por un escalofrío demoníaco y aceptó los atributos reales con gesto hurguesco:



Teñimos en 28 colores. Además en Negro y Blanco.

Zapatillas, Carrieles, Etc.,

puede Ud. llevarlos en el color que armonice con su vestido. Trabajamos a base del **SISTEMA "GADI"** de la casa norteamericana **The Gadi Co.**

TELEFONO No. 3736 **VICTOR CORDERO & Cía.** SAN JOSE, C. R.

"El Perú debe ufanarse de la corona de laureles que ciñe a su poeta, tanto como se engríe de la de espinas que ajustara las sienes de su santa, pudiendo reposar sobre la seguridad de que la de espinas y la de laureles, la de Cristo y la de Apolo, son las únicas que no han caído ni caerán jamás".

He ahí el grito victorioso e inaudito prevaleciendo, durante un breve interregno de bienandanza, sobre tantos y tantos años de dolores sin cuento.

El busca del oro en tinajas

Sabía que estaba aquí y quería verlo; pero como Santiago del Nuevo Extremo se ha puesto a crecer para todos lados, desparramándose, no había dado con Chocano. Al fin lo divisé sin que me viera. No lo veía desde la velada aquella... Treinta años durante los cuales han desaparecido los bigotes que la noche ovacional se estremecían al paso solemne de la elegía del órgano... Constaté que el tranco ha perdido la "allure" mosquetonil; pero la cabeza retadora sigue erguida como para recibir una cuchillada o una nueva corona acuñada con oro de Indias. Cruzaba bajo los aleros gotosos de la Posada del Corregidor y parecía venir directamente de las primeras "Leyendas y Tradiciones" de Ricardo Palma. Tocaban en sus torres color sayal las campanas dominicas y el sol de anocheada doraba los últimos mojines de la barriada todavía indemne del cemento, las construcciones cubistas y los auto-pariantes.

El poeta se detuvo un instante y echó un mirotazo circular, mientras yo comprobaba la veracidad del símil con el albatros baudeleriano que acababa de ha-

cérsele en un hermoso entrefilet periódico:

*Exilé sur le sol au milieu des huées,
Ses ailes de géant l'empêchent de marcher*

Sí y no; pero tal vez estaría más en carácter arribando a la "Posada de la sangre de Cristo", en que Cervantes fué a buscar a Galatea... Arribando cansadamente con calzón corto; capa con la cruz de Compostela; greguescos, chambergo con pluma flamenca y espada de cazoleta, templada en el Tajo, de las que sellan con el pomo y marcan o matan con la punta.

Hizo calderón en la plazuela; avanzó hacia el río y, seguro de que nadie lo observaba, empezó a dar pasos de nigromante... Los contaba, luego golpeaba el suelo y, en seguida, escuchaba esperando que le respondiera el áurco endecasílabo de las tinajas llenas hasta la boca de onzas narigonas. Buscaba un entierro; empezó en grande la faena; se removieron subterráneas todas las leyendas del Santiago antiguo; en la plazuela en claro-oscuro volaban a estrellones los trasgos, los duendes y las lechuzas, echaron chispas las picas y los chuzos herencia de la Metrópoli y la Colonia, en la excavación nocturna y los hampones y los vagos de la picaresca santiaguina, abrieron la tarasca, encendiendo en sus tarros la vela de ánimas en pena...

La faena duró muchos días, sin que nunca aparecieran las tinajas de la sanación, muy limeña y muy sevillana. Nunca... Chocano cruzó de nuevo la plazuela a que hay que llevar de visita a la Quintrala y al Señor, de Mayo; no encontró ni encontrará el oro soterrado en la tradición desde que, para huir de Osorio y San Bruno, se enterraban en una tinaja talagantina las onzas, la plata de cruz, los rosarios y las arracadas de perlas... Su entierro está más a la vista y es más rico: lo lleva él mismo y, cegado el hoyo junto al río en que escarbaba, el poeta se encerró a macha martillo y empezó a batir oro puro, es decir, del que en tiempos de Indias se acarrea hasta la Casa de Contratación. Dios le dé tiempo para acuñar todo,—no sería más que el que el pobre Athualpa dió a Pizarro—, entregando a nuestros países un tesoro inestimable, porque se trata de valores estéticos sobre los cuales no hay modelos que copiar o trasponer.

In angello cum libello — Kempis.—

En un rinconcito, con un librito,

un buen cigarro y una copa de

Anís Imperial

suave - delicioso - sin igual

FABRICA NACIONAL DE LICORES - San José, Costa Rica

LA Agencia General de Publicidad de Eugenio Díaz Barneond, en San Salvador, puede darle una suscripción al *Repertorio*.

Elegía hogareña

Por JOSE SANTOS CHOCAHO

= Envío del autor. Santiago de Chile, agosto de 1934 =

Tras de la muerte de mi madre,
la vieja casa en que he vivido ayer no más,
se me figura un cementerio, en que los muebles
inanimados como cadáveres están...

Al irse el alma de mi madre,
el mobiliario fué sintiéndose abandonado, hasta quedar
inconsolable en el reposo
de su mortuoria soledad.
Yo me imagino que, también como mi madre,
el mobiliario, para siempre, duerme en paz...

En los rincones, las arañas urden telas
de una sutil prolijidad,
cual si colgase sus cortinas el Misterio
en la inquietante lobreguez del Más Allá;
y sobre el polvo
de que, así, van
cubriéndose los muebles, se adivina
la flaca mano que la Muerte puso, apoyándose, al pasar...
En el ambiente de mi casa solariega,
hay un sopor de Eternidad;
y me parece que en el fondo del silencio,
como fantasma, cada mueble,
con lenta voz, empieza a hablar...

—Yo soy la cuja en que ella ha muerto y tú naciste:
por mí, tú entraste a la inquietud; ella, a la paz...
Hizo ella, en mí, el milagro de tu vida;
y en mí, supo el misterio que urde la Eternidad...
Noche tras noche, en el colchón de blandas plumas
he recogido las fatigas de su trabajo en el hogar,
hasta ofrecerle el dulce sueño
de que, por dicha para ella, nadie la puede despertar...
Sobre mis cuatro pies de bronce,
bajo el dosel de albas cortinas de transparente levedad,
en la penumbra del materno dormitorio,
—repara bien—soy un altar...

(Altar a un tiempo del Amor y de la Muerte,
la cuja me hace efecto patético y ritual;
y caigo de rodillas, preguntando:
—¡Oh madre! ¡Oh madre! ¿En dónde estás?...))

—Yo soy la antigua cómoda de cedro,
en que guardábase la espuma del holán,
con olor a pimienta y a vainilla,
en cajones cerrados por llaves que en un bar
colgando, así, de la cintura de tu madre,
han de alegrarte los recuerdos con su repique musical...
En mí, se confundieron tus ropas infantiles
con las que usó tu madre anciana ya;
y se hizo en mí la comunión de blancas hostias
de su postrer sudario con tu primer pañal...
Sábanas y pañuelos de batista
guardo de ella. ¿Los quieres?... Los podrías usar...

(Abro un cajón que es ataúd de ropas blancas;
y, emocionado, busco en él la funeral
sábana en que mi madre durmió la última noche...
y sólo hallo pañuelos en que poder llorar!)

—Yo soy el lavatorio de mármol, cuyas venas
pueden las de tu madre recordarte quizás...
En mí, ella acicalaba su figura,
recogiendo a dos manos el trémulo cristal...
Así, en mi espejo de óvalo solía
recortarse su busto, lleno de majestad,
como si en el azogue se animara
el retrato de alguna matrona de otra Edad...
Si tienes sed, besa la esponja humedecida
con que se remozaba soñando un manantial...
Acaso el lienzo en que enjugábase, te ofrezca,
entre los pliegues escondida, la viva copia de su faz...

(Miro el espejo; y es un charco
de lágrimas salobres como el mar...
El jabón me hace resbalar en un abismo...
Siento que el peine en la cabeza
se me convierte en un zarzal...)

—Yo soy el costurero, en que las manos
de tu madre lucían su docta agilidad,
mintiendo al aire con la aguja

cien danzas presididas por un ritmo fugaz...
En mí, iba el hilo de sus horas
siempre corriendo en santa paz,
como el de las madejas
que ella hacía, en sus manos, lentamente, girar...
Ve cómo en la almohadilla, en firme guardia,
las agujas están
alrededor del hueco
fúnebre del dedal...

(Cojo el dedal, con la ilusión de que en su fondo
gota de miel destiló el dedo maternal;
y, como abejas irritadas, las agujas
el corazón me empiezan a punzar...)

—Yo soy el cofre mobiliario,
hecho con tablas de jacarandá,
en que tu madre atesoraba lindas cosas
de los felices tiempos que nunca volverán...
Chapas de bronce reluciente
háblante de la tenacidad
con que tu madre le confiaba a la gamuza
su deseo de ir dando brillo con suavidad...

Más de una vez, piel de vicuña
en mi tapa sabía improvisar
asiento para ti, cuando eras niño
y a oír te disponías un cuento maternal...

(No sé, por fin, si abrir el cofre... y ver los restos
de la que fué dichosa Edad,
o si sentarme en él... a oír de nuevo
los cuentos de Aladino y de Simbad.)

—Yo soy la silla de vaqueta
del abolengo colonial,
en que tu madre se sentaba a decir cuentos
o a buscarse en los libros un rato de solaz...
En los dibujos aprensados en el cuero
de asiento y espaldar,
me ha dejado ella, vagamente, los contornos
de su figura señorial...
He sentido en mis brazos
apoyarse los de ella, con el resuelto afán
de enderezarse, toda llena de juveniles energías,
sobre su ancianidad...

(Me siento yo en la silla
de vaqueta, que es cual
trono vacío; y, mudamente,
me pongo, cabizbajo, a meditar...)

—Yo soy la palmatoria de níquel cincelado,
en que, en la medianoche (sombra, silencio y paz)
tu madre, en lo alto de bujía vigilante,
encendía una estrella familiar...

(La palmatoria recogió el último aliento
de mi madre quizás,
con que apagó ella la bujía
que, en suspendida lágrima, hoy llarándola está...)

—Yo soy el Crucifijo, que oprimía tu madre
contra su pecho al expirar...
Yo recogí su beso último y su última mirada...
Yo recogí su alma inmortal...

Alzo yo el Crucifijo entre mis manos...
(¡Si en él pudiera el alma de mi madre encontrar!)
Y, con el Crucifijo en alto, busco,
para salir, la puerta... Doy, en la obscuridad,
contra el espejo luminoso del armario: al ver un traje,
pienso yo que la sombra se torna corporal...
Y me quedo suspenso, cual si hubiese logrado
abrir la puerta de la Eternidad...

Súbito, el áspero crujido de algún mueble
huesos que se quebrantan háceme sospechar;
pero después, de lo más alto del Misterio,
vuelve a caer, a plomo, silencio sepulcral...

Tal siento que, tras de la muerte de mi madre,
en el fondo de mi alma, queda muerto mi hogar.

Resurrección...

(Viene de la pág. 376)

serenamente como un buen deseo,
brotan las limpias aguas ondulantes.

Mientras al viento vibran las sonantes
hojas en breve y ágil aleteo,
surge el agua con tímido siseo
en un fluir de todos los instantes.

De la oquedad sombría en que la ruda
raigambre de los árboles se anuda,
mana el agua tan límpida, tan clara,

que invisible sería en su reposo
si a veces por la onda no pasara
un estremecimiento luminoso.

La desolación se impone en cuanto
poema objetiva el estado anímico vol-
cándolo en el mar, como fácilmente se
aprecia en este soneto, en que parece
el viejo barco un símbolo del mismo
corazón del poeta:

Alá, en aquel paraje solitario del puerto,
se mece el viejo barco a compás de las ondas
que tejen y destejen sus arañadas blondas
en derredor del casco roñoso y eutreado.

De la averiada proa cuelga un cable cubierto
de líquenes que ondulan cuando pasan las
rondas

de los peces, clavando sus pupilas redondas
en el barco que flota como un cetáceo muerto.

Y el barco, que fué un barco de los que van
a Europa

y que era todo un barco, de la proa a la popa,
ahora que está inválido y hecho un sucio
pontón,

sus amarras sacude, y rechina, y se queja,
cuando ve que otro barco mar adentro se
aleja,

mecido por las olas en blanda oscilación.

Gravedad y desolación son las caracte-
rísticas de la poesía de Manuel Maga-
llanes Moure, cuando vuelve él sobre sí
mismo y dice y canta las cosas de su
intimidad lírica. Cobra la estrofa en-
tonces cierto tono de "lied", por lo mismo
que hay grandes semejanzas entre el
alma germánica y el alma chilena. Gra-
ve y desoladamente surgen del alma del
poeta, influida por los Andes y el mar,
páginas de antología, siempre melancó-
licas como el "Canto de Otoño" que fi-
naliza así:

Yo la quería dulcemente:
era un querer como un ensueño.
La habría amado locamente
si no hubiera tenido dueño.
Pero era esclava de un esposo
y nunca habría de ser mía;
y por eso era yo dichoso
con el querer que la tenía.

Pero el mundo dijo que aquel era amor,
y toda mi dicha se trocó en dolor.

Una mañana nebulosa
me separé con honda pena
de esa mujer buena y hermosa
como una diosa hermosa y buena.
Ella se fué... Pero yo sigo
queriéndola como en un sueño.
Su imagen va siempre conmigo
y de esa imagen soy el dueño.

Y ahora mi alma piensa en su dolor:
—¡Bien decía el mundo que aquel era amor!

Al concluir el homenaje, los asistentes
se retiran repitiendo en voz baja los
versos del poeta, después de dejar ante
la estatua de éste, por manos de D'
Halmar, la ofrenda expresiva de las pri-
meras flores que han brotado en el año.

Grave y desolado este poeta, es él
la expresión lírica del alma de su Chile.
Grave y desolada es el alma chilena:
grave bajo la influencia de los Andes;
desolada, ante el espectáculo del mar.

Emerson asegura que todo hombre
es la mitad de sí mismo, porque su ex-
presión es la otra mitad, siendo así el

poeta el único hombre completo, por ser
él su propia expresión. A propósito de
este concepto de Emerson pudiera ase-
gurarse también que todo pueblo es la
mitad de sí mismo, porque la otra mitad
es su Poeta, resultando así sólo comple-
to el pueblo que cuenta con quien es pa-
ra él la expresión de su alma colectiva.
Hay que reconocer que como expresión
lírica de Chile, nadie precedió ni aven-
tajó a Manuel Magallanes Moure.

Al resucitar entre los suyos Augusto
D'Halmar, bien ha hecho a su vez, antes
que nada, en resucitar al Poeta.

Tiene conmigo que complacerse en
saberlo la hermana mayor que hoy está
ausente, Gabriela Mistral, toda ella tam-
bién hecha de gravedad y de desola-
ción....

Así es cómo acaba de efectuarse una
resurrección primaveral en el alma líri-
ca de Chile, iniciada por Fernando San-
tíván y completada por Augusto D'Hal-
mar.

A José Santos Chocano

Para la culta señora doña
Margarita Aguilar de Chocano.

*Del Olimpo, con tu mano,
Rasgaste el divino velo.
¡Siempre serás en su cielo,
Astro de Apolo, Chocano!
¡Vives en el corazón
de este mundo de Colón!
De gloria fuiste avariento;
fué fragua tu pensamiento,
hoguera tu inspiración,*

Luis R. Flores.

Heredia a 12 de
diciembre de 1934.
Envío del autor.

INDICE



ENTERESE Y ESCOJA:

Henri Béraud: <i>Mi amigo Robespierre.</i>	5.00
Blaise Cendrars: <i>Las confesiones de Dan-Yac.</i>	3.50
Manuel Díaz Rodríguez: <i>Sangre patricia</i> (Novela)	3.00
Harry Domela: <i>El falso príncipe.</i>	4.25
Armando Donoso: <i>Nuestros poetas.</i>	6.00
Anatole France: <i>Páginas Escogidas.</i>	4.00
Lion Fenchtwanger: <i>La duquesa fea.</i>	4.25
Vera Rigner: <i>Los reclusos de Schlus-selburgo.</i>	4.25
Francis Hackett: <i>El rey Barba-Azul Enrique VIII y sus seis mujeres.</i>	6.00
Ramón Gómez de la Serna: <i>La Nardo</i>	
E. Ginénez Caballero: <i>Yo inspector de alcantarillas.</i>	3.50
Ramón Gómez de la Cerna: <i>La Hiperestésica</i> (Novela)	3.50
J. G. Gorkin: <i>Días de Bohemia.</i>	2.00
Arturo Borja: <i>La Flauta de Omix.</i>	2.00
Kurt Kläber: <i>Pasajeros de 3.ª.</i>	4.25
Jorge Stieler: <i>Malebranche.</i>	3.75
R. W. Trine: <i>Vida nueva.</i>	2.00
Rodolfo Waldo Trine: <i>Mi filosofía y mi religión.</i>	2.00
Manuel Ribeiro: <i>El Desierto</i> (Novela)	3.50
Rabindranath Tagore <i>El Jardinero</i> (Pasta)	4.00
Rodolfo Rocker: <i>Artistas y Rebeldes.</i>	5.00
Clifford Raymond: <i>Los seis perseguidos por el muerto.</i>	3.50

Solicítelos al Admor. del Rep. Am.

Omisión

En el *Romance de mi ensueño viejo*, de Claudia Lars, publicado en la entrega anterior, la hubo de un verso, el octavo. Por lo tanto léanse los ocho primeros versos así:

*Mi ensueño nació hace siglos.
Fué en una isla del mar.
Mar espumoso y violento.
Mar de anchura y soledad.
Fué en unas playas desiertas
húmedas de yodo y sal,
y en grutas de estalactitas
y en cuevas de oscuridad.*

HA APARECIDO

¿A DONDE VA LA MUJER?

por AMANDA LABARCA H.

Válor del ejemplar: 75 céntimos oro americano

Solicítarlo a EMPRESA LETRAS,
Casilla número 3327. SANTIAGO DE CHILE

Pedidos de más de diez ejemplares recibirán un descuento de veinte por ciento

OCTAVIO JIMENEZ A.

Abogado y Notario

OFICINA:

50 varas Oeste de la Tesorería
de la Junta de Caridad.

Tel. 4184 — Apdo. 338

INDICE

DEL TOMO XXIX

AUTORES Y ASUNTOS

- Abascal, Horacio.**—Homenaje a Pasteur, pág. 225.
Albertazzi Avendaño, José.—Santa Cecilia, pág. 21.
Alberti, M. P.—Carlos Marx y la acción del proletariado, págs. 113, 142 y 149.
Alberti, Rafael.—Segundo noticiario de un poeta en la U. R. S. S., pág. 193.
Alfaro, A.—Romance de los enanitos, pág. 286.
Alvarado Quirós, Alejandro.—«Las Estrellas» de Claudia Lars, pág. 294.—Chocano, pág. 377.
Amadeo Octavio R.—Rosas, pág. 200.
Ambrogi, Arturo.—Pablo Groussac, pág. 176.
Amighetti, F.—El grabado en madera, pág. 214.
Apumarcu.—Mis versos..., pág. 367.
Arciniegas, Germán.—Alfonso Lopez, profesor, pág. 36.—Gregorio Gutiérrez González o el paisaje y el hombre, pág. 265.—La verdad en la caricatura, pág. 296.
Arciniegas, Ismael Enrique.—Versiones inéditas de Heredia, pág. 48.
Arrieta, Rafael Alberto.—En el centenario del autor de «Martín Fierro», pág. 353.
d'Ascoli, Carlos A.—Los socialistas argentinos y el proyecto de Congreso de la Democracia Ibero-Americana, pág. 68.
Azofeifa, Isaac Felipe.—Cristóbal Colón, puerto, pág. 215.—Fuerza y sencillez del hombre, pág. 309.
Azorín.—Las imágenes de Colón, pág. 209.—Don Ramón Menéndez Pidal, pág. 328.
- Barcia Trelles, Camilo.**—El inútil crimen del Chaco, pág. 54.—Provincialismo americano, pág. 86.
Baroja, Pio.—Nuestra juventud, pág. 25.
Barón Castro, Rodolfo.—El castellano, a la deriva, pág. 211.
Bianchi, Alfredo A.—José Ingenieros, pág. 368.—Renglones alusivos, pág. 368.
Blanco-Fombona, R.—Los franceses y los yanquis, pág. 81.—Sucinta apreciación de Unamuno, pág. 360.
Brenes - Mesén, R.—Talismán roto, pág. 47.
- Cabrera, Angel.**—Mentiras de viboras, pág. 240.
Calvo, Luis.—La autobiografía de H. C. Wells, pág. 121.—Lord Snowden, pág. 249.
Camino, Juan del.—Acerca de un saludable y previsor principio de la constitución de Haití, pág. 6. La esclavizadora Bond & Share sigue entreteniéndose y engañando, pág. 20.—De la comparación de dos crisis, pág. 38.—De un congresista norteamericano que quiere enterarse..., etc. pág. 59.—Si nos descuidamos, la voracidad de la United Fruit Co., etc., pág. 66.—De un itinerario calculado y del mal agüero, pág. 91.—Estamos con los trabajadores de la zona atlántica, pág. 102.—El Estado es una necesidad y no una dramaturgia, pág. 124.—La gente honrada contra las ambiciosos sin escrúpulos y agresivos, pág. 133.—Abramos los ojos; el mercader yanqui..., etc., pág. 156.—Una rebeldía más de la United Fruit Co., pág. 165.—No pierda nuestra América su libertad de comercio..., etc., pág. 186.—La batalla ejemplar y decorosa que ha dado Puerto Rico, pág. 195.—Contra el aldeanismo cavernario, despertándose ya en nuestra América, pág. 219.—Hablo con los estudiantes, pág. 231.—Nos cuentan que se volcó Mr. Gruening..., pág. 246.—De una Junta fatalmente crédula ante la astucia y voracidad de la Electric Bond and Share Co., pág. 268.—Abra los ojos el Congreso y no haga más contratos con una Compañía de por sí peligrosa, pág. 278.—El miedo a la United Fruit Co. ha hecho de Costa Rica una tribu de enanillos, pág. 291.—Volvamos al funesto tratado comercial que quieren imponer los mercaderes yanquis, pág. 307.—Un caso admirable en nuestra América, pág. 321.—Sigamos con la fatídica Compañía frutera yanqui, pág. 356.—De un balance desastroso, pág. 371.
Cándamo, Martha.—Manuel Gutiérrez Najera, pág. 208.
Capdevila, Arturo.—Dante y el rescate de la Vida, pág. 177.—Naturalismo y utopía, pág. 264.
Carvajal, Alberto.—Elogio del árbol, pág. 192.
Cesar Borgia y el nacionalismo, pág. 117.
Cisneros Canto, Emilio.—Romance en flor de provincia, pág. 237.
Correa, Luis.—Poe y Pérez Bonalde, pág. 105.
Cox, Carlos Manuel.—Reflexiones sobre José Carlos Mariátegui, pág. 17.
Crespo Toral, Remigio.—Lección rectoral, págs. 289, 310 y 326.
Cuaderno de Apuntes, pág. 78.
- Chevalier, Jacques.**—Semblanza de Unamuno, pág. 73.
Chocano, José Santos.—La llave de la paz de América, págs. 269 y 276.—Resurrección, pág. 376.—Elegía hogareña, pág. 381.
- Davidge, J. L.**—La filosofía de Krishnamurti, pág. 32.
Del homenaje español a D. Miguel de Unamuno, pág. 257.
Dictamen, pág. 255.
Domenchina, Juan José.—Marcel Proust en 1933, pág. 281.
Dominguez, Manuel.—Alberdi, el precursor, pág. 137.—Renán, sus ideas y su estilo, pág. 273.
Dominguez, María Alicia.—Santa Rosa de Lima, pág. 216.
- Edwards Bello, Joaquín.**—Aristocracia y burguesía, pág. 9.
Escobar Angel, R.—En torno a Luis Lopez de Mesa, pág. 201.
Espinoza, Enrique.—La reconquista de Hudson, pág. 233.—Lawrence en Costellano, pág. 337.
- Fernández Almagro, M.**—La jubilación de Unamuno, pág. 257.—La literatura de Cajal, pág. 336.
Fernández Montúfar, J.—El feminismo y la democracia en Costa Rica, pág. 11.—Los nublados del día, pág. 212.
Flores, Luis R.—A José Santos Chocano, pág. 382.
Franco, Luis.—Rosas, gaucho burgués, pág. 200.
Frank, Waldo.—D. H. Lawrence, pág. 351.
- García Calderon, Ventura.**—Cerca de Gorge Duhamel, pág. 81.—Al inaugurarse el busto de Ruben Dario, pág. 109.—La literatura de lujo, pág. 305.
García Ramón, Leopoldo.—Don Juan Montalvo, págs. 161 y 188.
Gayá, Ramón.—Picasso, trebol de cuatro hojas, pág. 248.
Gentile, al Índice del Santo Oficio, pág. 80.
Gerchunoff, Alberto.—Martín Fierro como tipo humano, pág. 355.
George, Waldemar.—Acerca de Chirico, pág. 96.
Gibrán, Kahlil.—El hijo del Hombre, pág. 369.
Gil, Martín.—La astronomía de Dante, pág. 179.
Gobineau, El conde de.—Una página memorable, pág. 117.
Gorki, Máximo.—Ante la Vida, pág. 190.
Gris.—Poesías, pág. 164.—Omar Dengo, en el 6º aniversario de su muerte pág. 309.—Página lírica, pág. 375.
- Henríquez Ureña, Pedro.**—En mi tierra, pág. 331.
Henríquez Ureña, Max.—Versiones de «Los Trofeos», de José María de Heredia, pág. 253.
Hispano, C.—La cabaña de Edgard Poe, pág. 104.
Huxley, Aldous.—¿Quién era D. H. Lawrence?, pág. 345.
- Ingersoll, Roberto G.**—Discurso fúnebre, pág. 236.
- Jiménez, Max.**—Cetrería, pág. 111.—Mi espectro, pág. 178.—La Exposición de Artes Plásticas, pág. 236.—Mi pueblo, pág. 243.—En las aguas de los ríos, pág. 366.—Retablo de Navidad, pág. 371.
Jiménez Alpizar, Ricardo.—El ciego campanero, pág. 301.
Jinesta, Carlos.—Visión, pág. 39.—Rainol, pág. 191.—Han de Islandia, pág. 271.
Joubert, J.—Pensamientos, pág. 285.
- Kerr, Alfredo.**—La guerra no ha cesado aún, pág. 92.
- La información cablegráfica del «Rep. Am»,** págs. 221. y 282.
La superchería de lo ario, pág. 215.
La visita del Presidente de los E. E. U. U. de Norte América es no grata, pág. 197.
Libarca H., Amanda.—Orientación vital, pág. 313.
Lameiro, José.—Presupuestivos en la palestra, pág. 62.
Lars, Claudia.—Versos nuevos, pág. 287.—Romance de mi ensueño viejo pág. 367.
Las cartas sobre la mesa, pág. 292.
Leal, Benildo.—El Congo Real, pág. 364.
Lawrence, D. H.—El mozo, pág. 339.—Día de Mercado, pág. 348.
Lewisohn, Ludwig.—Henri de Regnier, pág. 129.
Libros y autores, págs. 127, 139, 159, 175, 207, 223, 255, 359.
Lo que leen los niños rusos, pág. 193.
López, Alfonso.—Bases de una acción internacional bolivariana, pág. 33.
López de Mesa, Luis.—Estatutos de la aldea colombiana, pág. 222.
Los libros. Historia, pág. 144.
Lizano, Rafael.—Henri de Regnier, pág. 129.
- Madame Curie.**—pág. 120.
Maeztu, Ramiro de.—Rubén Darío y la muerte, pág. 56.—Nuestro Nietzsche, pág. 65.—Stefan George, el gran poeta alemán, pág. 169.
Magón.—A mi turpial, pág. 123.—
Magrassi, Alejandro.—Nietzsche, espejo de solitarios, pág. 168.
Mairaux, André.—A propósito de *Lady Chatterley's Lover*, pág. 342.
Manco Campos, Alejandro.—Dos poemas, pág. 79.
Manifiesto del Partido Socialista Argentino, pág. 68.
Mann, Heinrich.—Escenas reales de la crueldad nazi, págs. 22, 44, y 53.
Mansfield, Katherine.—Retrato de Lawrence, pág. 352.
Mañach, Jorge.—«Pulso y Onda», pág. 27.
Maquiavelo, N.—Una página memorable, pág. 117.
Marañón, Dr. Gregorio.—Cajal, pág. 321.—Más sobre Cajal, pág. 361.
Marinello, Juan.—Ahora tendremos una Constitución «sin rabo...» etc, pág. 84.—La Enmienda Platt no importa, pág. 84.

- Mensaje de D'Annunzio a Renato Ricci, pág. 256.
 Miranda Archila, Graciany.—A Roosevelt, pág. 197.
 Mistral, Gabriela.—Carta a mi biógrafo, pág. 8.—Joaquín Edwards Bello, pág. 9.
 Mallarmé, Stéphane.—La siesta de un fauno, pág. 310.
 Martínez de la Torre, Ricardo.—El Congreso Eucarístico de Buenos Aires y la próxima ofensiva contra las masas trabajadoras, pág. 293.
 Masferrer, Alberto.—La vivienda, pág. 140.
 Mourlane Michelena, Pedro.—Parabienes a Lorenzo Riber, sobre una epístola de Horacio, pág. 128.—Cartas de amor de Aristides Briand, pág. 288.
 Las dos ciudades de Miguel de Unamuno, pág. 360.
 Muñoz Cota, José.—Romance de las calles paralelas, pág. 210.
- Navarro Luna, Manuel.**—Versos, pág. 28.—
 Nieto Caballero, L. E.—Elogio de Zea Uribe, pág. 41.—Nota, pág. 284.
 Nin Frías, Alberto.—George Moore, pág. 280.
 Noticia de libros, págs. 62, 71 y 351.
 Núñez, Sergio—Poesías, pág. 87.
- O** baldía, María Olimpia de.—Versos a mi hijo, pág. 62.
 O'Leary, Juan B.—La apoteosis de una mujer ejemplar, pág. 184.
 Oliver Belmás, Antonio.—El fuego, pág. 166.
 Ortega Díaz, Adolfo.—Va el romance loco loco preguntando por Melupa, pág. 365.
 Ortega y Gasset, José.—El hombre y la gente, pág. 57.
 Ortiz de Montellano, B.—México en "La Serpiente emplumada" de D. H. Lawrence, pág. 112.
 Othón, Manuel José.—Idilio salvaje, pág. 89.
- P**acheco, León.—La poesía de Claudia Lars, pág. 160.—Paúl Morand o el tamaño de la Geografía, pág. 297.
 Palacios, Alfredo L.—La novela mexicana "La Virgen de los Cristeros", pág. 95.
 Palcos, Alberto.—Juan Bta. Alberdi a los cincuenta años de su muerte, pág. 49.
 Pallais, A. H.—Dos baladas, pág. 77.—Elogio de Masferrer, pág. 136.—
 La balada de la incurable nostalgia, pág. 311.
 Parmeton, Philippe.—Una instantánea de México, pág. 284.
 Papini, Giovanni.—Dante hermano nuestro, pág. 178.—La corona y la mitra, pág. 181.
 Paz, Martín.—Romance de las siete lunas llenas, pág. 206.
 Pena, Leonardo.—El pastor de cisnes, pág. 97.
 Pérez, Darío.—Camilo Barcia Trelles, pág. 153.
 Pérez de Ayala, Ramón.—Diálogo y un discurso, pág. 72.
 Pijoán, José.—La toma de posesión, pág. 94.—Para mis amigos cubanos, pág. 210.—El segundo acto del drama Roosevelt, pág. 198.
 Pío Baroja, académico, pág. 40.
 Poe, Edgar Allan.—El cuervo, pág. 107.
 Poetas jóvenes de Chile, pág. 267.
 Picón Salas, Mariano.—El intelectual y la humana discordia, pág. 309.
 Pinilla, Norberto.—«¿A dónde va la mujer?», pág. 313.
 Pittaluga, Gustavo, Cajal, pág. 321.
 Preteceille, Ogier.—D. H. Lawrence, pág. 344.—El hombre en Wells, pág. 121.
 Prieto, Emilia.—El aforismo, pág. 285.
- Q**uijano Mantilla, Joaquín.—Dos crónicas, pág. 70.
 Quiroga Pla, José Ma.—Pío Baroja y la Academia, pág. 40.
- R**amón y Cajal, en su muerte, pág. 321.
 Rasgos y ejemplares de Pasteur, pág. 227.
 Regnier, Henri de —Poesías, pág. 130.
 Reyes, Alfonso.—A la memoria de Ricardo Güiraldes, pág. 2.
- Rodríguez Beteta, Virgilio.—Llanuras de Castilla y paraísos de América forjan un libro inmortal, pág. 217.
 RodríguezMendoza.—«Oro de Indias», pág. 377.
 Rojas, Ricardo.—Don Juan Zorrilla de San Martín, pág. 241.
 Rumazo, G. Alfonso.—Remigio Crespo Toral, pág. 289.
- S**áenz, Carlos Luis.—Poemas, pág. 158.
 Salarrué.—Anticipo de tres días, pág. 136.—El beso, pág. 374.
 Salazar Adolfo.—En el aniversario de Charles-Louis Philippe, pág. 320.
 Salazar, Aurelio.—Madame Curie, pág. 64.
 Salazar Herrera, C. M.—En la saca, pág. 237.
 San Basilio.—A los ricos, pág. 254.
 Sánchez, Luis Alberto.—De Flora Tristán a Carlos Marx, pág. 78.—No es traición: es deserción, pág. 174.
 Sancho, Mario.—Discurso (Clausura de la Exposición de Artes Plásticas), pág. 262.
 Sanin Cano, Baldomero.—En torno a «La Comarca de Dios», pág. 88.
 Solano, Armando.—Luis Zea Uribe, pág. 41.—Benito Juárez y la raza americana, pág. 145.
 Soldevilla, Carlos.—«El Epistolario» de Juan Maragall, pág. 24.
 Sotela Rogelio.—En el Niágara, pág. 258.
 Spender, Stephen.—El punto de vista moderno, pág. 13.
 Stefan George.—pág. 169.
- T**ablero, págs. 31, 46, 159, 167, 301.
 Torres, Elena.—El magisterio y la enseñanza pública, pág. 312.
 Torres Riaseco, A.—Fortunas del escritor en la América española, pág. 31.—
 Rubén Darío, el prosista, pág. 56.
 Tovar, Rómulo.—«Mi Compadre» de Fernando González, pág. 14.—Cuentos nuevos, pág. 99.—«El Autócrata» pág. 125.—Dios, pág. 172.—«Estrellas en el Pozo», de Claudia Lars, pág. 185.—Rebelión, pág. 224.—Dos cuadros de Emilia Prieto, pág. 250.—Un Símbolo de Victor Hugo, pág. 283.—Cuentos nuevos, pág. 333.—Acerca de «La tierra de las Nahuyacas», pág. 372.
- U**lloa, Juan.—Prisma del Espíritu, pág. 325.
 Una generación exige justicia, pág. 272.
 Unamuno, Miguel de.—Más de la envidia hispana, pág. 30.—Carta a Teixeira Pascoaes, pág. 73.—Carta a Marañón, pág. 74.—La profecía de Jonás, pág. 173.—La última lección, pág. 258.
 Uribe, Eduardo.—Rafael Estrada, pág. 16.
 Useta, Jorge.—Ángel de Campo, pág. 232.
- V**alencia, Miguel, Santiago.—«De cómo se ha formado la nación colombiana», pág. 152.
 Vasconcelos, José.—La altura de Alberdi... etc., pág. 137.—Otro clásico del terror, pág. 171.—Lima fiel, pág. 216.—Hambre de nombres, pág. 358.
 Vázquez, Diógenes.—Nacionalismo e internacionalismo económico y delirium tremens estatal, pág. 135.
 Velasco Ibarra, José Ma.—Bases de una acción internacional bolivariana, pág. 33.
- Y**añez Bravo, Carlos.—El centenario de Darwin en Chile, pág. 3
- Z**alamea, Jorge.—La copa estrecha, pág. 238.
 Zambrana, A.—La República de Nicaragua y el Señor Joaquín Zavala, pág. 329.
 Zamora Elizondo, Hernán.—Poemas iméditos, pág. 126.
 Zavala, Jesús.—Dos instantes en la vida de Othón, pág. 89.
 Zu'oaga, Pedro.—Dante y la cosmogonía moderna, pág. 182.

